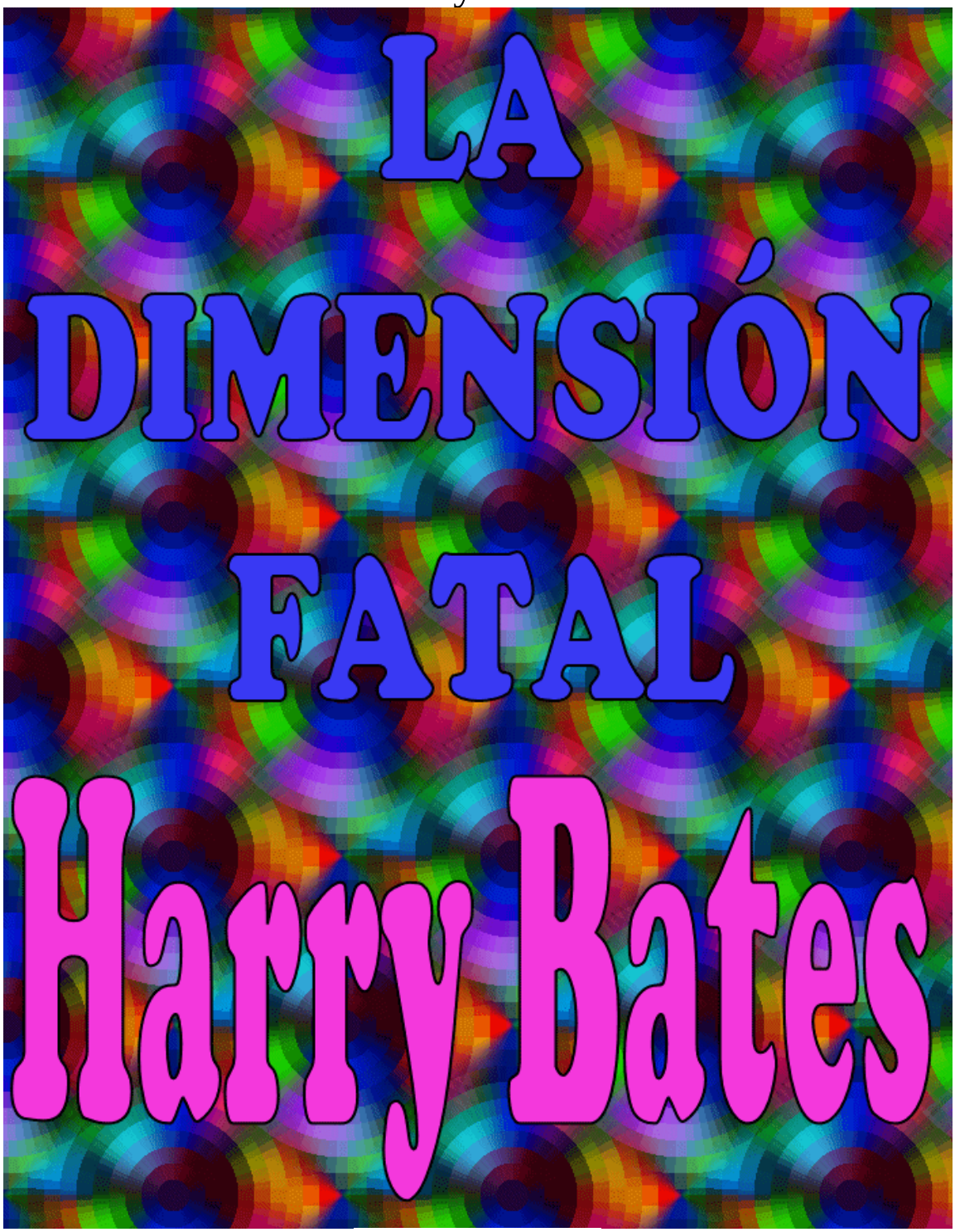
La Dimension Fatal
Harry Bates



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Existen una serie de grandes obras de SF de la época dorada del género, allá por los años treinta, cuarenta y cincuenta, que pese a constituir auténticos pilares dentro de la historia de la SF mundial, apenas son conocidas en nuestro país. ND, a lo largo de sus quince años de existencia, ha ido ofreciendo algunas de ellas, pero quedan aún muchas más. En su deseo de rescatarlas para el público español, ND tiene intención de ofrecer en sus páginas, espaciadamente, algunas de estas obras, a fin de ir recuperando esta historia de la SF que, debido a los vaivenes editoriales, ha quedado muchas veces incompleta y fragmentaria.

Este es el caso de La dimensión fatal. Harry Bates es el autor de un gran clásico, Farewell to the Master (El amo ha muerto, ND 53), del que surgiría otro gran clásico: la película Ultimátum a la Tierra. Nacido en 1900, Bates se inició en la década de los veinte en los pulps de aventuras, y fue el creador de Astounding Stories, la que sería más tarde famosa revista Analog, todavía una de las más apreciadas en el mercado de las revistas de SF de los Estados Unidos. Como escritor, publicaría su obra con su verdadero nombre y, siguiendo la costumbre de la época, bajo numerosos seudónimos, entre los cuales los más conocidos son Anthony Gilmore y H. B. Winter. Al pasar Astounding a pertenecer a la editorial Street & Smith, Bates fue apartado de las tareas de dirección; siguió escribiendo algunos relatos dispersos, y su nombre, como el de tantos otros autores americanos de la era dorada, se diluyó en el anonimato a partir de 1950.

La dimensión fatal es, junto con Farewell to the Master, su más famosa (y en cierto modo controvertida) obra. Apareció en el último número de la revista Science Fiction Plus, de muy corta vida: solo siete números. Fue la última aventura dentro de la SF de Hugo Gernsback, y estuvo dirigida por Sam Moskowitz, otro nombre glorioso del género. A su aparición (la revista, por aquel entonces, estaba ya sentenciada, ante las dificultades económicas de Gernsback), el relato despertó un ~ t~ntir~ zin~lal~ entre los lectores. pues se apartaba por completo de los canones tradicionales de la SF al uso. Su única aparición en español, en la revista argentina Más Allá, en 1956, despertó las mismas polémicas.

Porque La dimensión fatal da un giro de 180 grados a toda la SF tradicional. En primer lugar, no existe en ella ningún happy end. Plantea un problema (un terrible problema), pero no lo resuelve. Y eso es lo que más se le reprochó en el tiempo de su aparición. No busca ningún deus ex machina para resolver la situación. Nos dice simplemente, en boca de uno de sus personajes y también del propio autor: "Solo sabemos que no sabemos nada"..

> *Y esta es precisamente su valentía. Su tema es en el fondo tan viejo como el mundo: la ambición del hombre por descubrir cosas que están más allá de su comprensión, su creencia de que todo ha de estar a su alcance, cuando en realidad apenas sabe nada de lo que le rodea. La reacción de un sector amplio del público lector fue consecuencia directa de nuestro egocentrismo: el no querer admitir que vivimos en un mundo en el que, pese a nuestra tecnología avanzada y nuestros deseos de jugar con fuerzas gigantescas, estamos a merced de los elementos. Y, muchas veces, a merced de nuestro propio intento de dominar estos elementos.*
>
> *En la época en que fue escrita y publicada, allá en 1953, La dimensión fatal constituyó una obra de vanguardia, y por eso incomprendida por muchos. Hoy en día, una nueva óptica nos permite comprenderla mucho mejor. Evidentemente, los casi treinta años transcurridos han envejecido parte de su*

decorado técnico. Pero el mensaje humano sigue ahí, hoy más actual que nunca. Y más digno de hacernos meditar.

Las ilustraciones originales de ese gran artista que fue Virgil Finlay finalmente, ponen el último toque a la tensión del relato. En pocas ocasiones Finlay, que gustaba de fantasear hasta lo infinito, se ajustó más lo que contaba el autor. Pero, declararía al respecto, aquella era una de las pocas ocasiones en que había leído todo el relato que debía ilustrar, y se sintió tan impresionado por él que no pudo hacer otra cosa más que reflejar, con todo su realismo, la tremenda impresión que el mismo le produjo.

Ahora todos sabemos que fue algo nuevo lo que ocurrió hace dos semanas en el campo de Long Island.

* * *

A muchos nos ha asustado. A otros muchos nos ha conmovido y aturdido. ¿Y por qué no? Las cuatro dimensiones del espacio-tiempo nos han traicionado. Siempre fueron inseparables, y ahora ha ocurrido lo imposible.

Durante mucho tiempo, las dimensiones extra han sido conceptos abstractos usados por los matemáticos, ¡pero qué impresión nos produjo descubrir que tenían realidad! ¡Qué impresión ver que los símbolos podían matar... y matar de un modo tan fantástico!

Nunca se ha guardado tanto un secreto. Los principales científicos de la Tierra han invadido el área mortal, pero no nos dicen nada. He dicho nos. Soy ingeniero electricista en los Laboratorios Wilson, donde ocurrió; trabajo en ellos desde que terminé mi carrera, en febrero, y sigo cobrando un sueldo; fui el único testigo del primer fenómeno, y testigo principal del tercero..., y aún así, ni siquiera me dejan entrar allí. Después de haberles contado lo que sé, no les sirvo actualmente de nada- no haría más que molestarles. Por eso, aunque conozco la disposición general del campo y estoy muy al tanto de los experimentos eléctricos que se realizan en él, sé, en cambio, lo mismo que ustedes acerca de los experimentos dimensionales que ahora se llevan allí a cabo.

Ni tampoco puedo explicarme mejor que ustedes lo que sucedió allí.

Pero sí sé, y soy el único que lo sabe, la historia completa del impacto de la "nueva cosa" en un ser humano, y quiero contar aquí esa historia.

Ustedes han leído ya los nombres de las víctimas. A Mary de Sellers la conocí desde niña. Me crié con su esposo Tom, del cual era su mejor amigo. Estaba en el campo con ellos, en el momento de la muerte de Mary, cuando lo "desconocido" asestó su golpe.

Eran aproximadamente las nueve y veinte de una noche muy serena. La luna llena nos permitía ver claramente los detalles más grandes del área. A unos cuantos cientos de metros de distancia, hacia el oeste, en la dirección de Nueva York, se hallaba el grupo de edificios que componían la parte interior de los Laboratorios Wilson. Entre ellos se extendía el campo empleado para los experimentos exteriores: una superficie rectangular de unas tres hectáreas, un campo de trigo en otros tiempos, ahora una llanura cubierta de hierbajos y

surcada irregularmente por profundas zanjas. En un gran óvalo se erguían media docena de altas torres de hierro, y en el centro de ellas, dos más altas aún: era el área del misterio. El campo estaba rodeado por una alta alambrada, en la que se veían, a intervalos regulares, unos carteles que decían: No ACERCARSE. EXPERIMENTOS ELÉCTRICOS. PELIGRO.

Cuando aquello ocurrió, yo me encontraba en el borde de una zanja en el extremo oriental del campo. Debajo de mí, en la zanja, corría un nuevo tipo experimental de conductor eléctrico. Treinta metros más allá trabajaban dos electricistas, en la zanja del extremo este, asomando solo la parte superior de sus cabezas por el borde de esta. Eran los dos hombres encargados de anotar las alteraciones del conductor que había en la zanja.

Tom y Mary se encontraban en el campo, a unos veinte metros más o menos de distancia de los hombres de la zanja, entre ellos y yo. Hablaban en voz baja. Yo no podía oír sus palabras, pero por sus movimientos me dio la impresión de que había cierta tensión entre ellos; no una pelea, pero sí alguna discrepancia. Vi que Tom daba media vuelta ladeándose, y que Mary pasaba por delante de él, a la luz de la luna, como si insistiera en verle la cara. El siguió apartándose, y al cabo de un momento ella se alejó.

Cruzó el campo en dirección oeste, como si se dirigiera a la zanja más próxima; volvió la cara para mirarle; atravesó la zanja por el puentecillo de gruesos tablones; se volvió de nuevo momentáneamente, hacia él, y después siguió por el caminillo que atravesaba la ancha planicie. Tom se quedó mirando su figura que se alejaba. Cuando Mary llegó a un lugar situado entre las dos torres centrales, se volvió por última vez. Levantó muy alto el brazo y agitó la mano. La vi con toda claridad. Tom permaneció inmóvil, mirándola. Ella dejó caer el brazo. Durante un segundo, los dos permanecieron así; durante un terrible segundo, mientras el espacio-tiempo se enroscaba en torno a Mary para descargar su golpe inicial, tan inesperado y tan fantástico...

Convendrá que les cuente ciertos detalles acerca de Tom y Mary. Los tres nos criamos juntos en Big Pond, una pequeña ciudad de Long Island, situada a dos kilómetros al este de los Laboratorios Wilson.

De niños Tom y yo éramos inseparables. Su padre tenía una granja de patos en las afueras de la ciudad. La granja era un campo de juegos inagotable. Todos los días nos entregábamos en ella a una nueva empresa de tremenda importancia: hacíamos arcos y flechas para matar gorriones (creo que nunca le dimos a ninguno); cavábamos la tierra en busca de esqueletos indios (insistíamos en que no eran huesos de oveja); construíamos barquitos de madera para aventurarnos entre las grandes flotillas de patos... y otras muchas actividades más. Mary vivía cerca, pero por aquella época no era amiga nuestra; era simplemente esa criatura peculiar llamada chica; diferente, inferior, cobarde, y que solo nos servía para divertirnos de cuando en cuando tirándole de las trenzas. Nos bastaba amenazarla con hacérselo, para mantenerla alejada de las arenas de nuestra actividad masculina.

Cuando Tom tenía aproximadamente ocho años, su padre le regaló un caballo. En seguida le puso de nombre Pinto y lo llamaba "él". Pinto no era ni mucho menos un pinto, sino un ruano rojo, un vulgar caballo de granja, y además era yegua. Desde el momento en que Tom montó en sus lomos, encaramándose por la valla, los inseparables ya no fuimos más Tom y yo, sino Tom y Pinto. Los dos recorrían todo Long Island. Tom no permitía que

ninguno de los chicos montáramos en su caballo, porque decía que no teníamos experiencia... que Pinto era un mesteño indomable, peligroso para todos excepto para él.

Yo monté una vez en Pinto. Había sostenido una larga pelea a puñetazos con Tom. El no tenía razón, pero, impetuoso como siempre se me había echado encima, levantando los puños. Aquella noche, el padre de Tom le hizo ver la verdad y envió a Tom a mi casa a pedirme perdón. El lo hizo francamente, llorando mientras hablaba... y al día siguiente vino galopando a casa e insistió en que diera un paseo en Pinto, para hacer las paces. Fue su gesto más generoso.

El Tom adolescente era demasiado inquieto para ser un buen estudiante, y después de terminar la escuela superior se convirtió en aprendiz de electricista y, más tarde, consiguió un empleo en Wilson. Yo seguí estudiando en la universidad, me gradué como ingeniero electricista y me empleé también en Wilson. Mientras estudiaba en la universidad, el padre de Tom perdió su granja y luego murió, y Tom se fue a vivir a la ciudad. Pinto dormía en el garaje de una casa vacía, en uno de los extremos de la ciudad, y pastaba en el trozo de tierra que había detrás. Tom iba a pie a su trabajo, o alguien lo llevaba en su coche.

Un buen día, Tom miró a Mary y la vio de diferente manera. Sin saber por qué, se había convertido en una Mary distinta... retraída, misteriosa, con un repentino poder de hacer latir con fuerza su corazón. La cortejó con su impetuosidad habitual. Se casaron, y alquilaron la casita del garaje donde dormía Pinto. Loco de felicidad, Tom atravesó con Mary en brazos el umbral de la casita, entrando en una nueva vida. De eso hacía un año. Desde hacía unos meses esperaban un hijo... Yo nunca había visto un hombre tan feliz y orgulloso como él.

Se habían iniciado en Wilson una serie de experimentos nuevos y, la noche fatal, Tom trabajaba horas extraordinarias en el campo. Yo me hallaba en el edificio principal cuando telefoneó el guardia nocturno, diciendo que Mary estaba allí. Vi que había venido montada en Pinto, para traerle café a Tom. ¡Estaba de un humor magnífico! Resplandecía de felicidad. Yo mismo la llevé a donde estaba él. Desde lejos, Mary llamó a Tom. Le vi salir de la zanja y dirigirse hacia nosotros. Entonces me quedé a cierta distancia, por discreción.

Los miré desde el lugar donde me encontraba. Se abrazaron y hablaron. Me di cuenta de que había cierta tensión entre ellos. Vi que Mary le besaba en la nuca, cuando él volvió la cabeza. Tom giró sobre sus talones y le habló con viveza. Al parecer, ella aceptó su derrota; lo dejó; se dirigió hacia el caminillo que atravesaba el campo, y se volvió dos veces hacia atrás. Cuando se encontraba entre las dos torres centrales, se volvió por última vez y lo saludó con la mano; pero Tom no respondió. Ella bajó el brazo y, durante un segundo, permaneció inmóvil a la luz de la luna. Al final de aquel segundo ocurrió la nueva cosa, y la vida de Tom quedó hecha añicos.

En el lugar donde se encontraba Mary se oyó un ligero crujido, y una nubecilla como de niebla apareció en el aire. Se disipó rápidamente, pero el cuerpo de Mary ya no estaba allí.

Tom y yo, desde nuestras distintas posiciones, nos quedamos mirando el lugar, con ojos muy abiertos.

Una masa ambigua fluctuaba en el lugar donde había estado antes el cuerpo de Mary.

Lentamente, pareció crecer. La miré, consternado. La vi redondearse. Pareció que giraba, porque los reflejos de su superficie cambiaban a la luz de la luna. Me dirigí hacia ella; Tom hizo lo mismo, y los dos nos acercamos. Sentí que Tom, como yo, estaba terriblemente excitado; pero ninguno de los dos dijimos nada; solo miramos y seguimos adelante.

El objeto fue creciendo lentamente. Me di cuenta de que venía hacia nosotros. Extendí la mano y agarré a Tom del brazo, deteniéndolo, y los dos lo vimos aproximarse.

De repente lo reconocimos. Mis cabellos se erizaron. ¡Rígidos, aturdidos, vimos acercarse el objeto! ¡Era una cabeza sobre una masa indistinta de vapores a modo de cuerpo!

¡Mis ojos me decían que el objeto tenía los contornos de Mary!

Mantuvo su vuelo. No cayó. Flotó hacia nosotros, a unos dos metros de elevación. La cabeza parecía sólida, sustancial. Se acercó lentamente, a veces subiendo medio metro o así, a veces bajando otro tanto. Llegó a nosotros. Nos pasó. Al volverme, vi a Tom inclinado, con las rodillas casi dobladas. Nunca había visto a un hombre tan abatido. Pero seguía sin hablar, aunque hacía ruidos con la garganta.

Cuando el objeto pasaba junto a nosotros, girando ligeramente, la luz de la luna le dio de lleno en la cara. Era la cara de Mary; la misma cara de siempre, excepto que ahora estaba pálida e inexpresiva, pero viviente en cierto modo... ¡En aquel momento, los ojos, que estaban cerrados, se abrieron! Creo que cambiaron de dirección; pero no nos miraron. Parecían no fijarse en nuestra presencia. La cara estaba vuelta hacia arriba; los ojos miraban las estrellas.

Lanzando un terrible sollozo, Tom corrió hacia adelante. Sin cambiar nunca de dirección ni de velocidad, el objeto flotó alejándose. Lo seguimos. Nos hallábamos a escasos metros de él cuando llegó a la alambrada del este.

Pasó a través de ella, sin detenerse, flotando lentamente, avanzando siempre.

Saltamos y, durante un momento, nos quedamos agarrados a los alambres, viéndola alejarse. Luego, Tom, con una repentina explosión de energía, trepó por la alambrada y cayó al otro lado. Yo me dispuse a imitarlo. Lentamente, con dificultad, trepé también por la alambrada, pero resbalé en el momento de saltar, golpeé en la tierra con el pecho y la mejilla, desvaneciéndome por la fuerza del golpe.

No sé cuánto tiempo estuve allí. Cuando me puse en pie, medio mareado, y miré alrededor, no se veía a Tom por parte alguna. En el campo vi a los otros dos hombres, trabajando en la zanja como antes. Comprendí que no habían visto lo ocurrido. Pensé que debía ir en busca de Tom, y me puse en marcha en la dirección que él había tomado, atravesando un camino y la alambrada de púas hasta el otro lado del campo.

Con creciente ansiedad, atravesé corriendo el campo hasta llegar a un pequeño bosque que había al otro extremo. Fui de un lado a otro, buscándole entre los árboles y llamándole, pero no pude encontrarlo.

Más allá del bosque, continué en la misma dirección, saltando cercas, atravesando campos, pasando junto a los jardines del hospital general de Pemberton, y me encaminé

derechamente a Big Pond, donde vivíamos Tom y yo. Corrí cuando la respiración me lo permitía, dando amplios rodeos para examinar cualquier objeto oscuro sobre el terreno, y siempre a toda velocidad. De ese modo cubrí los tres kilómetros que me separaban de la ciudad; pero no encontré ni rastro de él.

Al llegar a la ciudad me detuve realmente por primera vez. Cuando recobré por fin el aliento, me ocurrió lo mismo con la razón. Me di cuenta de que había presenciado un acontecimiento demasiado fantástico para ser creíble. ¿Cómo podía decirle a nadie lo que había visto? No me creerían. La gente pensaría que me había vuelto loco. Y decidí callar hasta haber encontrado a Tom.

Volví a ponerme en marcha. Anduve por las calles, preguntando por Tom; pero nadie lo había visto.

Entonces fui a su casa, lleno de la repentina y estúpida esperanza de que encontraría en ella a Mary y tal vez a Tom. La casa estaba a oscuras. Nadie contestó a mi llamada. Entré y busqué sin resultado. Un gatito vino a frotarse contra mis tobillos.

Telefoneé a los Laboratorios Wilson. El guardia de noche suponía que Tom estaría aún en el campo y... sí, el caballo seguía allí delante, atado a un árbol. El hombre no había visto salir a Mary del campo, ni tampoco a mí. Cuando empezó a hacerme preguntas, colgué.

Hasta entonces yo todavía confiaba en que lo que había visto no hubiera ocurrido realmente; pero el guardián de noche acabó con mis esperanzas.

Continué muy preocupado por Tom y por el fin que podía haber tenido su fantástica persecución. Decidí quedarme allí hasta que regresara. Desde luego, tendría que volver a casa. Después de comparar datos, iríamos juntos a informar de lo ocurrido. Me limpié el rasguño de la mejilla. Me senté a esperar. Estaba muy cansado. Transcurrió mucho tiempo, y me dormí.

Cuando me desperté era de día. El gatito, una bolita de piel, estaba sobre mi pecho, mirándome enigmáticamente a la cara. En seguida telefoneé a los Laboratorios Wilson. Tom no había firmado su salida del campo, y los otros hombres se habían ido a sus casas, extrañados. El caballo seguía en su lugar. No dije nada.

Acababa de colgar el aparato cuando sonó el teléfono. Llamaban del hospital general de Pemberton. Querían hablar con la señora de Sellers. Cuando les dije que no estaba y les expliqué quién era yo, me pidieron que fuera. Tom estaba allí y quería hablarme.

Volví rápidamente a casa, saqué el coche y fui al hospital.

Encontré a Tom en una pequeña habitación, solo, atado con correas a su cama. Tenía la frente cubierta por un vendaje blanco, sobre el cual caía un mechón de alborotados cabellos rojizos. En seguida, con una vehemencia llena de esperanza y

temor, me preguntó:

—Jack, ¿lo viste tú?

El también esperaba que aquello no hubiera ocurrido.

Librodot

—Ocurrió —le dije—. Estuve esperando a que volvieras a casa. ¿Por qué estás aquí?

Antes de que pudiera contestarme, entró una enfermera y me preguntó quién era yo. Me dijo que habían encontrado a Tom cerca del State Park; estaba caído en la carretera, lastimado y delirante.

—¡Lo han atado con correas a la cama! —le dije acusadoramente.

—Estaba furioso. No hacía más que tratar de escaparse. Hasta hace un rato no nos dijo quién era. Entonces nos pidió que telefoneáramos a su mujer. También quería hablar con usted.

—Pídeles que me quiten estas correas, Jack.

—Quíteselas—le rogué a la enfermera—. Como ve, ahora está bien. Ha sufrido una fuerte impresión; eso es todo. Sé la causa de lo que le pasa. Yo estaba presente.

La enfermera salió a consultar con el médico. Tom volvió hacia mi su torturada cara.

—¿Era su... cabeza? —me preguntó, como si dudara aún de su memoria.

—Sí.

—¿No ha vuelto a casa?—preguntó, esperanzado todavía, o quizá confuso.

—No. Y Pinto sigue atado frente al laboratorio.

—Entonces fue así—dijo—. Fue así realmente.

—¿Qué fue de la... cabeza?—le pregunté.
—¡Desapareció! ¡Desapareció! ¡Se esfumó! Jack, ¿qué ocurrió?

—No lo sé. Es algo nuevo. Algo que no ha ocurrido nunca hasta ahora.

La expresión de Tom era lastimosa. Exclamó:

—¡No era más que su cabeza! ¿Dónde estaba entonces su cuerpo?

—No lo sé. Desapareció. Se oyó aquel crujido, y luego vimos el humo... y después, nada más.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Dónde está ella?—gritó, angustiado.

Oí ruido de pasos, y tuve escasamente el tiempo de murmurar:

—¡No le digas nada!

La enfermera entró entonces con un médico.

Comenzaron a discutir. Tom exigió sus ropas para poder salir del hospital. El médico me explicó que su estado físico no era bueno y que debía quedarse allí hasta el día siguiente. Finalmente convino en que podía irse por la noche, si para entonces parecía estar bien, y le dijo a la enfermera que podía quitarle las correas.

—Volveré a buscarte después de la cena —le prometí a Tom—. Procura dormir.

Con ojos desesperados, Tom me vio marchar. Pero entonces se acordó de la yegua Pinto, y me pidió a gritos que la llevara a su casa y me encargara de darle de comer.

Yo no entendía de caballos; así que fui en el auto a Bing Pond, busqué a un caballerizo que conocía allí y lo llevé hasta los Laboratorios Wilson, para que él se encargara de la yegua.

Luego, como estaba en el laboratorio y tenía la obligación de informaries, decidí contarle toda la historia al doctor William Chambers, director jefe. Subí las escaleras que llevaban a su oficina, y pedí verlo. El señor Merriam, su ayudante, me hizo pasar.

El doctor Chambers es un hombre alto y delgado, amable y charlatán, dispuesto siempre a escuchar a todos. Le dije francamente lo que había ocurrido. Pero no me creyó. Se quedó sentado donde estaba y me miró largamente. No dijo ni una sola palabra, y el señor Merriam tampoco. Les mencioné entonces los detalles que corroboran mi historia (que Mary no había vuelto a su hogar montada en Pinto, la desaparición de Tom del campo, y su presencia en el hospital); pero él se limitó a mirarme de un modo raro. Me excité y levanté la voz, pero no me sirvió de nada. Claro está que tenía la raspadura de la cara, que no me había afeitado, y que mi historia parecía ciertamente descabellada. Lo dejé, con brusquedad, antes de que pudiera decirme que estaba despedido y que tratara de ponerme en observación.

No habría podido censurarle si me lo hubiera dicho.

Antes de dejar los laboratorios, salí al campo e hice un apresurado reconocimiento, buscando huellas del cuerpo de Mary o alguna indicación de lo que había pasado; pero no encontré nada. Me fui entonces a casa, comí, me desvestí, me bañé, me afeité y me acosté. No pude dormir.

Después de cenar me fui al hospital. Era ya de noche antes de que Tom y yo pudiéramos irnos. En el hospital le habían visto guardar cierto aspecto de normalidad; pero, en cuanto subimos al coche, se dejó caer en el asiento, deshecho por la pena. Le conté que había visto al doctor Chambers y que había registrado el campo. Yo sentía mucha curiosidad por saber qué había sido de la cabeza, pero no conseguí hacerle hablar. Seguía sumido en su amargura y, al parecer, no oía lo que yo le decía.

Cuando llegamos a su casa siguió sentado en el coche, con la cabeza abatida.

—Hemos llegado—anuncié.

Al cabo de un momento me contestó, con voz vacilante:

—Entra tú primero, y... mira si está ella ahí.

Aquello era patético. Entré y miré en todas las habitaciones, seguido del gatito, que maullaba. Las cosas de Mary estaban por todas partes, especialmente en el dormitorio; pero Mary no se encontraba allí, como es natural, y nunca más lo estaría. Salí y se lo dije a Tom. El suspiró.

—Tengo miedo de entrar—me confesó—. ¿Te importaría que pasara la noche en tu casa?

Yo le dije que me agradaría mucho. No quería dejarlo solo en aquella casa silenciosa.

—Ahí está el gatito—me dijo—. Debe de tener hambre. ¿Quieres darle de comer? En la nevera habrá algo. Yo iré a ocuparme de Pinto.

Bajó del coche y se encaminó a la parte de atrás. Yo volví a entrar y di de comer al gatito. Luego, Tom regresó y fuimos a mi casa.

Mi padre estaba allí; pero conseguimos esquivarle y nos preparamos unas bebidas en la cocina. Después de llevarlas al salón, le explicamos lo que había ocurrido.

Al principio se mostró francamente incrédulo. Cuando comenzó a creer en lo ocurrido, se afectó tanto que, al principio, no pudo hablar.

—¿Qué explicación tiene esto que ha ocurrido?—le preguntó Tom ansiosamente.

Mi padre es ingeniero mecánico; pero, naturalmente, no supo explicar nada.

—¡Lo más importante fue lo de la cabeza!—exclamó Tom—. No cayó; ¡quedó flotando! Flotó hacia el este en línea recta, atravesando la alambrada, el camino, los campos y los árboles del otro lado; atravesándolo todo. Atravesó por completo nuestra granja. Descendió al pasar sobre el estanque, y lo atravesó casi a ras de la superficie. Yo di la vuelta al estanque. Llegué a tiempo para encontrarla al otro lado. Luego, ella siguió adelante, Pero cuando llegó al lago, de este lado del State Park, pasó rozando la superficie y creo que se hundió allí, porque no la vi más. ¿Cómo puede haber sucedido eso?

Como es natural, no se nos ocurrió ninguna respuesta.

—A mí —prosiguió—me parece que al final era más ligera, es decir, más tenue, casi transparente, como si se estuviera disolviendo. Y hubo algo más. Pensé que comenzaba a ver los contornos del cuerpo de Mary junto con la cabeza... vagamente... pero no estoy seguro. Estaba ya en la mitad del estanque.

Nos quedamos sentados un momento, reflexionando acerca de lo que había dicho.

—Una cosa está clara —le señalé a mi padre—. El objeto no obedecía las leyes de la gravedad. Creo que debería decirse que parecía no obedecer a las leyes de la gravedad, pues nada puede ser independiente de ella. El objeto no cayó. Por eso, tal vez tenga algo que ver con otras dimensiones. Algo especial relacionado con el espacio, el tiempo, la materia, la electricidad, la gravedad. No sé cómo expresarlo debidamente. Sabemos que hay dimensiones extra en las matemáticas, aunque no son más que conceptos, abstracciones;

útiles en los cálculos, pero sin realidad correspondiente. Claro está que ha habido teorías e historias que trataban de la realidad material. ¿Puede ser esa la solución?

Mi padre reflexionó un momento.

—Parece lo más probable... aunque debo decir que eso no explica nada—me contestó—. Sé tanto de esas cosas como tú. Tendrás que hablar con un físico teórico.

—¡Herzog!—exclamé—. El lo sabrá, ¿no es cierto? ¡Se ha dado tanta publicidad a su Teoría del Campo Completo!... Eso incluye la gravedad.

—Su teoría no es más que una teoría—dijo mi padre—. Más aún; se sabe que es imperfecta. Tiene un defecto. Es algo maravilloso, un paso hacia adelante de gran importancia, explica claramente algunas inconsecuencias anteriores; pero los físicos dicen que hay un fenómeno que no puede explicar. Lo llaman la excepción. Dicen que Herzog está trabajando para explicar esa inconsecuencia... él y los demás teóricos importantes del mundo.

—¿Cree que él puede explicarnos lo que ocurrió?—preguntó Tom.

—Lo dudo—dijo mi padre, que se levantó y tomó un delgado folleto de una estantería—. Aquí tiene su Teoría del Campo: veintiuna páginas, casi todas de símbolos y ecuaciones. Al final, todo se condensa en cuatro cortas ecuaciones. Y tal vez contengan algún error. Ni siquiera están seguros.

Abrió el folleto al azar, se alzó de hombros y se lo entregó a Tom. Este lo miró aquí y allá, sin saber qué hacer.

—Se han vendido miles de ejemplares, casi todos como regalos de recuerdo. En todo el mundo no hay más que un puñado de hombres capaz de comprender lo que se dice aquí; solo los especialistas; los mejores cerebros científicos. Para el público... para usted y para mí... el libro no es más que una curiosidad, algo que impone respeto; la prueba de que el mundo es maravilloso y de que existe el genio.

Hubo un silencio mientras Tom hojeaba unas cuantas páginas.

—Entonces, ¿el secreto se encuentra aquí? —dijo con abatimiento.

- funcional. En uno de los equipos, todos los valores son los usuales. Agregue un amperio en cualquier parte, y de repente hay un cambio vivo, un fenómeno nuevo... Algo así.

La explicación me parecía razonable, pero a Tom no le sirvió de nada aquella noche.

Una y otra vez exclamó:

—¡Si hubiera muerto de un modo normal!... Podríamos haberla enterrado como a los demás... con su cuerpo completo.

No había medio de consolarlo. Por fin nos fuimos a la cama. Yo llevé a Tom a la habitación de invitados, y me quedé con él hasta que se desvistió y se acostó. Me fui a mi

habitación, agotado, y me dormí en seguida.

No dormí mucho tiempo. Soñé que oía a alguien abajo, telefoneando. Al cabo de algún tiempo, me despertó un ruido en mi habitación. Cuando encendí la luz me vi ante Tom, completamente vestido. Me dijo:

—He descubierto dónde vive Herzog. Voy a ir para preguntárselo.

—Por amor de Dios, vuélvete a la cama—exclamé, despertándome del todo.

—Es el único que puede explicarnos lo que ocurrió.

—No creo que pueda explicarlo—repliqué—. Y si pudiera, no lo haría. ¿Crees que puedes irrumpir así en su casa, a medianoche? Vuélvete a la cama. Ya veremos lo que puede hacerse mañana.

—No puedo aguardar, Jack... ¡no puedo soportarlo! —exclamó—. Quiero que vengas conmigo. Si no vienes iré yo solo.

Impetuoso, terco: así era Tom. No pude disuadirlo. Bastante enojado, me levanté y me vestí, pensando que mi parte en la excursión se limitaría a impedir que Tom fuera a la cárcel.

El sacó el coche del garaje a la calle, empujándolo para no despertar a mi padre. Gradualmente, por el camino a la ciudad, la cólera se me fue pasando. Traté de hablar con Tom, convencerlo de que debíamos regresar; pero fue inútil. Atravesamos el puente de Triboro y cruzamos la ciudad. Eran poco más de las dos cuando nos deteníamos frente a una estrecha casa particular de cuatro pisos, en el extremo occidental de Washington Heights, mirando al Hudson.

El barrio era solitario y estaba desierto. En los edificios de apartamentos se veían pocas luces, y ninguna en la casa de Herzog. Me sentí como un criminal, al pensar que invadíamos la intimidad de medianoche del gran hombre, buscando la respuesta irracional que Tom deseaba. Por última vez, procuré disuadirlo:

—¡No podemos hacer eso, Tom! Quien venga a abrir la puertase pondrá realmente furioso. No querrán despertarlo. ¡Harán que nos detengan!

Pero Tom insistió tercamente:

—Herzog está levantado. Trabaja de noche; todo el mundo lo sabe.

Yo contemporicé:

—Entonces, vamos primero a ver si hay alguna luz en la parte de atrás de la casa. Si no hay ninguna, nos volveremos.

Conseguí que me lo prometiera. Dejamos el coche y fuimos hasta un patio posterior, por un callejón de servicio que había en el edificio de al lado. Arriba, en el último piso de la casa de Herzog, se veían dos ventanas iluminadas. Gemí. Sin decir una palabra, Tom me

llevó de nuevo hacia la fachada de la casa y pulsó el timbre.

Oímos cómo sonaba y aguardamos. No tuvimos respuesta. Tom llamó de nuevo, con un toque más prolongado, y repitió la llamada varias veces, pero nadie vino.

—Bueno, no podemos hacer más—suspiré aliviado—. Está trabajando, y nadie abre la puerta.

Tom probó el tirador. La puerta se abrió. Tom murmuró:

—Vamos a buscarlo—y entró.

Luego de vacilar un momento, yo le seguí, callándome mis protestas.

No se oía nada en el estrecho portal; todo el mundo parecía dormido. Una luz débil que había en el descansillo del segundo piso iluminaba apenas los escalones alfombrados. Subimos de puntillas. Dos luces más, en los descansillos siguientes, nos mostraron el camino, y por fin nos encontramos en el último piso.

Delante de nosotros había una puerta entornada. Por la rendija salía la luz viva de la habitación cuya ventana habíamos visto desde el patio. Tom se acercó con paso quedo, y yo le seguí. Nos vimos en el umbral de una gran habitación rodeada de estanterías con libros. A la izquierda había un escritorio y una silla. Al otro extremo, entre las dos ventanas de atrás, una mesa grande, y sentado a uno de sus extremos, leyendo, se encontraba el hombre al que habíamos ido a ver.

Me quedé mirándolo. Aquel era Herzog, el más grande de los físico teóricos; aquella, la cabeza famosa y extraordinaria que había aparecido miles de veces en todos los diarios del mundo. Como en las fotografías, el cráneo y la cara estaban cubiertos por un pelo cerdoso y uniforme, color canela, de unos dos centímetros de largo. Las cejas eran dos mechones, también de cerdas. Aquella piel híspida que la cubría hacía parecer la cabeza más grande de lo que realmente era y ocultaba por completo la expresión de la cara. En medio de ella se veía un anticuado par de lentes, sujetos en la nariz.

He dicho que Herzog estaba leyendo; pero habria sido más exacto decir que estaba cotejando. A su izquierda, en la mesa, descansaba un gran libro, que él mantenía abierto y empinado con la mano izquierda; enfrente había otro, que sujetaba de modo similar con la otra; y a su derecha, sobre la mesa, se veía un tercero: un folleto. Los anteojos colocados en el centro de aquel felpudo esférico miraban de uno a otro libro, a intervalos irregulares. Habíamos traspasado el umbral de la puerta; pero el sabio no parecía haber notado nuestra presencia.

Al cabo de un momento, Tom avanzó silenciosamente por la habitación, y yo lo seguí. Herzog no interrumpió su trabajo. Yo estaba azoradísimo. Estoy seguro de que Tom lo estaba también, porque vaciló en importunarlo.

Nos quedamos así, quizá medio minuto, aunque a nosotros nos pareció mucho más. Luego, dirigiéndonos una mirada brevísima, Herzog dijo en voz baja:

—Váyanse de aquí —e inmediatamente volvió a su trabajo.

Nos quedamos paralizados, como un par de idiotas. Yo estaba más decidido que nunca a dejar que Tom fuera el condenado. Transcurrió otro minuto más.

—Márchense —insistió Herzog, dirigiéndonos de nuevo una breve mirada; y volvió tan rápidamente a sus confrontaciones que nos hizo perder aún más el aplomo.

Sí, nos quedamos allí como idiotas, ¡pero estábamos tan sorprendidos!... Allí estaba aquel hombre único, trabajando en plena noche, a alturas inaccesibles para nosotros, mientras a su alrededor, a lo largo de kilómetros enteros, dormían dos millones de seres en la gran ciudad... Y allí estábamos nosotros, míseros desconocidos, que habíamos entrado ilegalmente en su casa, subiendo hasta su habitación (intrusos con intenciones ocultas; locos u hombres peligrosos); y él no demostraba ninguna inquietud; ni siquiera se preocupaba por nuestra presencia, y solo se limitaba a alzar brevemente los ojos y decirnos un par de veces:

—Márchense.

¿Qué clase de concentración, de aplomo, de valor era el suyo?

Por fin, Tom se aclaró la garganta y habló:

—Señor Herzog...

El físico siguió consultando sus libros y, poco después, levantó los ojos.

—¿Quieren hacer el favor de irse? —nos pidió, con voz ya un tanto irritada.

—Por favor, señor Herzog—dijo Tom—. Es algo muy importante... Hemos venido... Creo que le interesará...—Se detuvo, nervioso, desconcertado, sin saber cómo seguir.

—¡Vamos, hable! ¿Qué le pasa?

—Ha ocurrido algo... en los laboratorios Wilson de Long Island... a mi esposa. Nosotros somos las dos únicas personas que pueden explicarlo... ¡Se hallaba en medio de un campo y desapareció! ¡No vimos más que la cabeza y un contorno vago y vaporoso de su cuerpo! ¡Se alejó flotando! Yo la seguí durante kilómetros enteros. Fue anoche. Pensamos que es algo que tiene que ver con otras dimensiones... Sí, y con la gravedad, porque su cabeza no cayó: flotó... flotó a lo largo de un gran trecho, y yo la seguí. ¡Atravesó una alambrada! Ya sé que parece una locura, pero así fue.

Acudí en ayuda de Tom.

—Yo también lo vi. Fue como él dice. Los dos trabajamos allí: yo soy ingeniero, y él electricista. Se lo dije al doctor Chambers, el jefe del laboratorio; pero no me creyó; así que hemos venido a verlo a usted porque pensamos que es la única persona que puede explicarlo.

Me detuve. Por un momento reinó el silencio, mientras Herzog nos miraba: a mí, con mi raspadura en la mejilla; a Tom, con su frente vendada. Luego, los labios del felpudo se entreabrieron, y el hombre repitió:

—Márchense.

Al oír aquello, Tom dio un paso hacia adelante.

—¡Fue realmente así!—exclamó excitado—. No estamos locos. No fue una ilusión. Desapareció. Su cabeza se alejó flotando. Era mi esposa. ¡Jack lo vio tarnbién!

Hizo una pausa momentánea y luego le contó de nuevo toda la historia, comenzando por el principio y coordinándola bastante bien. Herzog lo escuchó sin mover otra cosa que los ojos; ni siquiera dejó los dos libros que sostenía. Terminada la historia, Tom sacó el folleto que le dio mi padre: la Teoría del Campo Completo, de Herzog. Yo no sabía que lo había llevado.

—La explicación se encuentra aquí—dijo Tom—. Es su libro: su Teoría del Campo Completo. No puedo comprenderla; casi nadie la comprende; pero usted sí, porque la escribió. ¡La cabeza no cayó, no!... Y aquí, en su libro, figura también la gravedad. Usted entiende esas cosas. No tengo a nadie más a quien dirigirme. —Hizo una pausa, mientras Herzog seguía mirándolo—. ¡Oh!, ¿no me cree?

—Creo muy pocas cosas—dijo tranquilamente Herzog—. Creo en términos de probabilidad. Encuentro extremadamente improbable lo que me ha dicho. Yo le concedería una probabilidad en un millón. Si pudiera darle una probablidad entre diez, tal vez me interesara. Y lo mismo le pasaría al doctor Chambers. Ahora he oído ya su historia. A menos que tenga usted algo más que agregar a ella, tengo que pedirle que se vaya.

Tom, buscando desesperadamente un medio de continuar la entrevista, le dijo:

—Entonces, finja creer que le decimos la verdad. Si fuera como le decimos, si lo fuera, ¿cómo lo explicaría usted? Creo que no puede hacerse nada... que nada me devolverá a mi esposa. ¡Pero si al menos supiera lo que le ocurrió...! ¿Ha muerto como mueren los demás? ¿Qué pasó con su cabeza? ¿Y por qué pude ver su cuerpo al final? ¡Si usted pudiera ayudarme a comprenderlo!

Al oír aquello, Herzog dejó caer los dos libros que mantenía sujetos y se quitó los anteojos.

—¿Comprender?—exclamó con aparente irritación—. ¿Qué es eso? ¿Cómo podemos comprender nada? La gente nace y muere. ¿Entiende usted eso? Yo no. Algunos hombres mienten, engañan y matan; otros mienten muy poco y no matan. ¿Comprende eso? Pues yo no. Un ratón encuentra un pedazo de queso y se lo come. ¿Lo entiende usted?... Ni yo tampoco. Yo levanto un libro, lo suelto, y se cae al suelo. ¿Cree que yo comprendo eso? Pues no lo comprendo en absoluto.

Al pronunciar las últimas palabras tomó los dos libros y volvió inmediatamente a su trabajo. Al cabo de un segundo, nos despidió con una decisión tan repentina y rotunda como un estallido.

Murmurando excusas y gracias, salimos de la habitación. Me encontré en el coche, sin que pudiera recordar cómo había llegado hasta allí.

Durante nuestro regreso por la ciudad, Tom siguió sentado junto a mí, con la cabeza baja, abrumado. Por fin murmuró:

—Ni siouiera él lo comprende. Nadie lo comprende... ¡Nadie! A la luz de los faros

pude ver que había lágrimas en sus mejillas.

—No puede ser gran cosa—me aventuré a decir—. Ella no estaba enojada contigo. Recuerdo que cuando vino me pareció maravillosamente alegre y feliz.

—¡Esa fue la causa!—exclamó—. Nunca la había visto tan afectuosa delante de los demás. Me trajo un termo de café, sin que yo lo necesitara, pues yo salía a las doce. Pero ella quería verme; no por nada especial, sino porque simplemente quería verme. No quería esperar ni siquiera tres horas. Vino montada en Pinto. Tú sabes que le tenía un poco de miedo; pero no pudo esperar las tres horas y vino montada en Pinto, para traerme el café, porque quería estar unos momentos conmigo... Oí su voz. Ella se me acercó corriendo, y yo salí a su encuentro. Nos besamos. Le dije que no necesitaba haber venido; pero ella me contestó: "Quería venir". Nos quedamos allí, casi abrazados; pero yo me sentía incómodo, porque, pensaba que los muchachos podían estar mirando y no quería que nos vieran tan afectuosos. En eso soy muy raro: nunca pude mostrarme tierno delante de los demás, especialmente delante de los muchachos... Jerry se estaría riendo de mí un mes. Mary lo sabía muy bien; pero aquella noche no parecía importarle. Cuando menos lo esperaba, me besó en la nuca. Me enojé. ¡Dios me lo perdone, pero me enojé! No quería que los muchachos vieran aquello. Estaba avergonzado. ¡Piensa en eso! ¡Yo, el hombre más afortunado del mundo!... ¿Pero cómo podía esperarme lo que iba a ocurrir? Me enojé, pero ella no le dio importancia. Se sentía contenta, desbordante de afecto. Creo que debía ser por el niño, pues en casa se ponía muchas veces así, desde que supo que íbamos a tenerlo. Por eso me enojé; y cuando ella se marchó y se volvió desde lejos para saludarme con la mano, yo no le contesté. ¡Oh, Jack, lo que hice fue algo terrible! Pero todo se habría arreglado cuando yo hubiera vuelto a casa. Me entusiasmaba que ella fuera así, pero no quería que lo hiciera delante de los muchachos. Me saludó con la mano, y yo me quedé allí, sin hacer nada ¡Dios mío, ella me saludó con la mano, y yo no le contesté!... Y entonces ocurrió el accidente.

Le dije:

—Nadie podía saber lo que iba a ocurrir. Fue una mala suerte que ocurriera entonces.

¡Qué frías resultaban mis palabras! No podían influir en él. Durante algún tiempo permaneció silencioso; luego, de repente, exclamó en voz baja:

—¡Si al menos hubiera simplemente muerto...! Quiero decir que, si tenía que morirse, habría sido mejor que se hubiera puesto enferma, y yo la hubiera cuidado y hubiera sido bueno con ella, antes de que muriese. Y luego, la habría enterrado y habría sabido dónde estaba. Pero de este modo... ¿Dónde está? ¿Ha muerto como mueren los demás? ¿La volveré a ver cuando yo muera? ¿O estará en otra parte?

Yo le aseguré que la vería.

—Pero se ha ido... ha desaparecido; excepto que...

—Es igual.

De nuevo volvió a guardar silencio unos momentos, y a la luz de los faros lo vi erguirse en el asiento, fijando tristemente los ojos en un punto situado frente a él.

—Tuve que seguirla —dijo—. Me pareció que sufría; por lo menos, al principio. Sus ojos se abrieron... ¡Oh, eso fue horrible! Me imaginé que veía moverse sus labios. Creí que iba a decir algo, o a intentarlo; pero solo fue un momento. Luego flotó hacia adelante. Yo no podía comprender la expresión de su cara. Sin embargo, me esforcé en comprenderla; corrí y miré; miré; me caí, me levanté; corrí en torno a ella, mirándola conforme daba vueltas, pero no pude comprender nada. ¡Sus ojos se abrieron y se cerraron varias veces! Yo estaba aterrado. Durante un rato sentí náuseas. Pero ella no dijo ni hizo nada; realmente, no parecía que quisiera hablar; ni

siquiera que se diera cuenta de que yo la seguía. ¿Cómo pudo pasar a través de la alambrada... y de los árboles? Parecía sólida excepto al final; pero puedo haberme equivocado. ¿Por qué se hundió en el agua?

Lo único que yo podía decir es que nadie era capaz de explicar esas cosas. Le dije:

—Era algo nuevo; pero eso no quiere decir que se tratara de algo fuera de la Naturaleza. Es simplemente que está más allá de nuestra comprensión. Recuerda lo que dijo Herzog: ni siquiera comprendía por qué el ratón come el queso, o por qué cae el libro al suelo. No explica nada el decir que el libro cae por causa de la ley de gravedad o que el ratón come el queso porque tiene hambre.

Seguí hablando así, un rato. Pero no podía calmarlo.

—Sí, fue algo nuevo... y tuvo que ocurrirle a Mary... y ocurrir en el preciso momento en que no debería haber ocurrido. Me pilló desprevenido. Me dejó con un sentimiento de culpabilidad, y ahora no puedo hacer nada por remediarlo. Nunca podré sincerarme con ella. Nunca podré decirle que estoy arrepentido; no podré, no, en todo lo que me queda de vida. Y eso no es justo.

Claro que no lo era... ¿pero acaso lo es algo en la vida?

Por último, Tom fue volviéndose más silencioso y amargado.

Me pidió que lo dejara en su casa. Detuve, pues, el coche delante de ella. No quería dejarlo solo; pero él insistió, y yo le dije que durante el día pasaría a verlo. Cuando llegué a casa, la aurora clareaba en las copas de los árboles.

Aquel era el día en que la "nueva cosa" iba a descargar otro golpe.

Me desperté a las once. Llamé en seguida a Tom, pero no obtuve respuesta. Después de vestirme y desayunar, fui en el coche a su casa. Lo que vi me dejó aturdido y mudo.

Parecía que un tornado había pasado por allí. Todas las ventanas estaban destrozadas. Alrededor de la casa se veían montones de ropas rasgadas y muebles rotos. Cerca de ella había pequeños grupos de vecinos, mirándola con la boca abierta y hablando. Salí

del coche. Pregunté qué había pasado.

Me dijeron que Tom se había vuelto loco. La policía se lo había llevado. A eso de las seis y media, había empezado a arrojar cosas por la ventana. Había perdido por completo el dominio de si. Rompió mesas; tiró por las ventanas sillas, lámparas y cosas parecidas; destrozó contra la pared sus aparatos de radio y televisión; subió corriendo al piso de arriba

y rompió todas las ventanas; tiró por ellas la ropa de cama, los vestidos y los zapatos, y luego fue destrozando todo lo que encontraba a su paso.

Cuando llegó por fin la policía, la devastación había terminado. Lo encontraron en la puerta, sosteniendo cuidadosamente en sus manos el cuerpo de un gatito muerto, cuando iba a llevarlo al cubo de la basura. Me dijeron que tenia la cara y las manos ensangrentadas; las lágrimas le corrían por las mejillas, mezclándose con la sangre, y a veces decía cosas que ellos no pudieron comprender; pero, al parecer, le había pasado ya la violencia del ataque. Lo habían llevado a la comisaria de Pemberton; y alguien dijo que de allí lo habían trasladado a la sala de psicóticos del hospital general de Pemberton, donde lo tenían en observación. No se había resistido.

Entré en la casa. Miré por todas partes. El piso bajo era un verdadero desastre. Arriba, igual. En el dormitorio no había más que el marco de la cama y un montón de fragmentos (maderas, cristales, ropas); la ventana era un rectángulo vacío, y el colchón estaba caido sobre el suelo.

Quedé abrumado. ¡Pobre hombre! Busqué el teléfono; pero estaban arrancados los hilos.

En casa de un vecino, llamé al hospital. No quisieron decirme nada más, excepto que había ingresado allí.

Fui al hospital. No me dejaron verlo; pero el jefe de psiquiatría sí quería verme a mi, y me llevaron a donde él estaba.

Me dijo que, por el momento, Tom estaba en una celda aislada, razonable y arrepentido, pero amargado y melancólico. Me dijo también que no hacía más que preguntar por mí. Después, el médico se dedicó a sonsacarme todo lo que yo sabia de la vida de Tom en general, especialmente respecto a la causa de aquel ataque. Pero dejó escapar que había estado tratando de localizar a la mujer de Tom; y, por como lo dijo, comprendí que Tom no le había contado nada de lo ocurrido; así que me callé también el incidente. El doctor parecía muy disgustado por la falta de información. Desgraciadamente, sabia que habían llevado a Tom al hospital el día antes. Me dijo que Tom estaba bajo observación, y no me permitió verlo.

Aunque me preocupaba Tom y su internamiento, volví a casa. Allí medité una táctica para conseguir verlo y, después de la cena, volví al hospital a ver de nuevo al médico. Le conté que Tom había sido siempre normal, pero que había sufrido una fuerte impresión y que cualquiera habría estallado en circunstancias parecidas; le dije que la mujer de Tom se había ido y que nadie podría interrogarla; le aseguré que yo tenia todos los informes necesarios para dejar en claro el asunto, pero que antes tendría que permitirme hablar en privado con Tom, porque yo no hablaría sin permiso de él. Conseguí que accediera a mi petición. El mismo me llevó a través del pabellón de psiquiatría, hasta el lugar donde se encontraba Tom.

Por el camino me fui fijando en todo lo que veía. Los corredores por donde pasamos estaban guardados (al parecer), por parejas de enfermeros con batas blancas. La mayoría de las puertas estaban abiertas, descubriendo habitaciones parecidas a las de cualquier vivienda. Había una gran sala de donde venia ruido de música y voces. Acorté el paso al pasar frente a ella, y vi que dentro había unas cien personas, hombres y mujeres, todos

vestidos con trajes de calle, en su mayor parte bailando y, al parecer, muy divertidos. Por su aspecto, aquello parecía un baile normal, aunque los hombres y las mujeres eran, por lo general, de bastante edad. Me acerqué al doctor y le pregunté qué era aquello.

—El baile semanal—me contestó—, para los internados que han mejorado lo suficiente. En lo posible, ofrecemos a los enfermos el mismo ambiente de relaciones sociales normales que tendrían fuera de aquí. La única diferencia es que tenemos que protegerlos de todo lo que pueda alterarlos.

—¿Pero no es peligroso dejarlos que se reúnan así?—le pregunté.

—Es muy bueno para ellos.

—¿Y si se portan de un modo irracional unos con otros? ¿Qué pasaría si algunos se volvieran violentos? ¿No los imitarían los demás ?

—Pasa a veces, pero es poco corriente y no hace mucho daño. Todos saben por qué están aquí, y no les extrañan ciertas cosas. Comprenden que su salida del hospital depende de su conducta. A la mayoría de ellos les gusta bailar. Como es natural, nuestros pacientes están clasificados de distintos modos. Conforme van mejorando, los ponemos en grupos más avanzados y se les anima a tomar parte en mayor número de actividades.

Todo aquello era nuevo e interesante para mi. Tomamos un ascensor hasta el cuarto piso. Allí, las habitaciones no tenían puertas. En el corredor había otra pareja de enfermeros vestidos de blanco. Un poco más allá, nos detuvimos al llegar frente a una de las habitaciones sin puerta.

Era una celda de reclusión. Vi que las paredes no estaban acolchadas como yo había esperado, sino que eran planos lisos de plástico en dos tonos de marrón. No había ninguna ventana en la habitación, y en esta se veía un solo objeto: una plataforma grande, baja, cubierta de lona, sujeta firmemente al centro de la pieza.

En un rincón de la plataforma, sentado, con los brazos en torno a las rodillas, se hallaba Tom. Iba vestido con un pijama. Debajo del mechón rojizo de la frente llevaba un nuevo vendaje, y en su cara y manos se veían manchas oscuras de toques de yodo. Su cara tenia una expresión hosca y amarga. Sentado de aquel modo, parecía una nueva y peligrosa clase de hombre mono. Pero no tenia nada de peligroso: no era más que mi antiguo y juvenil amigo Tom, impetuoso, desgraciado, mortalmente apenado, y ahora en un aprieto. Al verme, su cara se suavizó, bajó de la plataforma y se acercó a mi.

El psiquiatra nos mostró claramente que estaba dispuesto a oír lo que se decía; pero yo insistí en nuestro acuerdo y le obligué a situarse fuera de la puerta, en un lugar donde podía vigilarnos, mientras Tom y yo nos retirábamos al rincón más apartado de la habitación y comenzábamos a hablar en voz baja.

—¿Sabes lo que hice?—me preguntó Tom con timidez.

—Sí, estúpido —le repliqué—. Creo que estás realmente loco.

—Quizá lo estuve —dijo, haciendo una mueca— durante un corto tiempo. Pero no aguantaba más, Jack. Estaba a punto de estallar. Las cosas de Mary por todas partes...

Recordé otras mil cosas: nuestros planes, el hijo que íbamos a tener... y que ahora ella había desaparecido de aquel modo. Eso fue lo que me puso asi. Comencé a romper y a romper... Aquello me aliviaba. En cuanto terminé con todo, volví a ser el mismo de siempre.

—Bueno, lo siento mucho. Toda tu casa está deshecha. No ha quedado ni un cachivache útil.

—No me importa. Nunca más podría volver a vivir allí.

—Por lo visto, durante algún tiempo vas a vivir en esta plataforma —le dije.

El pensamiento no pareció agradarle. Me dijo que, cuando llegó la policía, el estaba ya completamente bien; que ni siquiera habían tenido que darle un sedante. Me dijo que, a pesar de eso, había intentado escapar, pero que le fue imposible por la vigilancia de los enfermeros. Y me contó cómo trabajaban.

—Parece fácil escaparse... No hay puertas, ni enfermeros cerca de uno; pero no puede hacerse. Lo intenté dos veces, pero me detuvieron y me trajeron aquí de nuevo; sin hacerme daño, desde luego, y hasta sin enojarse. Saben *jiujitsu* y son hombres fuertes. Me lo explicaron todo. No tienen puertas porque así los enfermos no se sienten enjaulados y abandonados, y también para estar al tanto de lo que pasa. Uno está en perfecta libertad de intentar escaparse; puede intentarlo; pero entonces ellos lo sujetan y lo vuelven a traer aquí; siempre sin hacerle daño, por más cosas que uno les haga.
Se puede intentar cincuenta veces, y las cincuenta lo traerán de vuelta. Dicen que todos los enfermos, por locos que estén, aprenden muy pronto que no les conviene salir de esa puerta.

—No le hablaste de Mary al médico, ¿no es cierto?—le pregunté.

—No. No estoy tan loco. Me dejarían encerrado aquí para siempre. ¿Le hablaste tú?

—¡Oh, no! Entonces me habrían encerrado a mí. Pero ahora tenemos que idear algún medio para que salgas de aquí. El médico empieza a mostrarse impaciente.

—¿Y qué podríamos decirle?—me preguntó melancólicamente Tom—. Desde luego, no creerá la verdad.

Antes no se me había ocurrido ningún plan, y en aquel momento tampoco se me ocurría. Por un momento nos quedamos mirándonos lúgubremente, buscando alguna idea. Al ver que estábamos callados, el médico entró de nuevo en la habitación.

—¿Y bien?

—Mi amigo no me permite que le diga nada—le declaré—. Los dos podríamos explicarle lo ocurrido, y si usted nos creyera lo dejaría marchar; pero no nos creería. No sabemos qué hacer.

Aquello no le gustó al médico. Proseguí:

—Pero los hechos que a usted le conciernen son muy sencillos. A mi amigo le ocurrió algo anteanoche. Yo mismo lo vi. Tuvo un ataque de desesperación, y lo han traído aquí. Si yo le dijera a usted lo que vi la otra noche, me pondrían en la habitación de al lado.

El doctor sonrió, se alzó de hombros y agitó la cabeza. Yo insistí:

—¡Lo que ocurrió no le concierne a usted! Este hombre es normal, aunque impetuoso. Tuvo un arrebato, porque le ocurrió algo terrible; pero eso ha terminado ya. No hay ningún peligro en dejarlo marchar.

Mientras yo hablaba, el gesto del médico cambió. Me miró a los ojos y me preguntó:

—¿Dónde está la mujer de él?

Fue una pregunta embarazosa. Me imaginé a Tom encerrado en aquel lugar durante semanas enteras, mientras la policía buscaba a Mary... o su cadáver. Yo vacilaba, buscando la mejor respuesta, cuando el silencio general del ambiente se rompió, y el médico volvió la cabeza para escuchar. A lo lejos, en alguna parte, una mujer había comenzado a gritar con gritos tan agudos que helaban la sangre. Otros gritos se unieron en seguida a los suyos. Inmediatamente se produjo una gran confusión de gritos, chillidos, voces y lamentos. En algún lugar del edificio ocurría algo que excitaba terriblemente a los enfermos. Parecían aterrorizados.

Por un momento, el médico vaciló; luego le dijo a uno de los enfermeros:

—Venga conmigo.

Y los dos echaron a correr vestíbulo abajo. Entonces se oyó el estridente sonido de un timbre de alarma. Al mismo tiempo, alguien comenzó a aullar como un frenético. El enfermero que quedaba me gritó:

—¡Cuide de su amigo!—y desapareció de allí.

Yo corrí a la puerta, y lo vi luchando con un enfermo que se encontraba varias puertas más allá. Inmediatamente me volví hacia Tom y dije:

—¡Esta es tu oportunidad! ¡Vamos!

Echamos a correr por la galería, hacia los ascensores, sin hacer caso del enfermero que nos gritaba que nos detuviéramos. Cerca de los ascensores se encontraba la salida de incendios. Comenzamos a bajar por ella, de dos en dos escalones. El ruido del pánico distante se iba intensificando. Al llegar al piso bajo, abrí la pesada puerta y asomé la cabeza.

En el corredor reinaba la más absoluta confusión. Veintenas de pacientes iban de un lado para otro, cometiendo toda clase de excesos: riendo, llorando, gimiendo, gritando, chillando y haciendo toda clase de gestos. Era una locura colectiva en una casa de locos. No puedo describirla de ningún modo.

Nos aventuramos entre ellos. Unos cuantos enfermeros se ocupaban en serenar a los pacientes, pero se veían frente a un trabajo ímprobo. Atravesé aquel horror todo lo rápidamente que me fue posible, conduciendo a Tom más allá de la habitación donde antes se bailaba. Entonces vi que el pánico se había iniciado entre los bailarines. En la sala había aún veintenas de pacientes. Dos de ellos se retorcían en el suelo, presas de un ataque. Otros corrían locamente de acá para allá, con los ojos muy abiertos, aullando, señalando al techo, agitando los brazos y gritando disparates. Pero yo vi todo aquello en una sola mirada,

porque seguimos marchando a lo largo del corredor.

Hasta entonces, todos los pacientes que había visto iban con trajes de calle; después comencé a ver algunos en pijama, que parecían venir de otro corredor. Mientras nos abríamos paso entre ellos, a codazos, un enfermero, momentáneamente libre, quiso echarse encima de Tom. Yo extendí el brazo para impedírselo, y mientras él se tambaleaba nos escabullimos entre un grupo de enfermos enloquecidos.

Durante todo aquel tiempo casi no había prestado atención a lo que gritaban los pacientes, ya que todo era disparatado; por consiguiente, no tenía ni idea de lo que había causado el pánico. Bastante ocupación teníamos con bregar por abrirnos paso a través de tantos locos.

Llegamos a un punto donde el corredor comunicaba con las oficinas de recepción. Me bastó una mirada para ver que las puertas estaban guardadas. Retrocedí de nuevo al corredor y entré en una de las habitaciones exteriores. Tom pareció leerme el pensamiento, pues mientras yo corría a una ventana, él corrió a otra. Unos segundos más tarde nos hallábamos fuera, sobre el césped.

—Sígueme—le dije a Tom—. He traído el coche.

Atravesamos corriendo el jardín hasta la puerta, Tom vestido con su pijama, pisándome los talones; y, unos minutos más tarde, tenía a Tom en mi casa. Mi padre no se encontraba en ella. Lo primero que hice fue poner la radio, porque sabía que transmitirían un boletín, avisando a Long Island respecto a la fuga de Tom. Acababa de preparar un par de bebidas cuando lo transmitieron. El locutor dijo:

—En el pabellón de psiquiatría del hospital general de Pemberton ha habido un pánico. Todavía no se ha podido dominar a los enfermos. Un número indeterminado de locos ha conseguido escapar. Se avisa a sus parientes y a los residentes de Long Island en general, para que los busquen. Lo mismo pueden ir vestidos con trajes de calle ordinarios que con pijamas. Si ven a alguien que se conduce de un modo anormal, deténganlo y, de ser posible, avisen a la comisaría más cercana. Procedan con tacto y cautela, síganles la corriente y no se asusten. Tal vez estarán excitados, pero en su mayor parte no son peligrosos.

Luego leyeron una lista de las comisarías cercanas y de sus números de teléfono.

No dieron ninguna noticia especial sobre nosotros.

Hablamos. Tom estaba cada vez más abatido, y yo traté de animarlo.

Veinte minutos más tarde, cuando bebíamos la segunda copa, transmitieron un segundo boletín que nos causó una terrible impresión. Interrumpiendo un programa de música de baile, el locutor dijo:

—Según las noticias que han llegado a nuestra sala de redacción, lo que causó el pánico entre los enfermos mentales del hospital general de Pemberton fue una alucinación general. Ocurrió entre un grupo de unos cien pacientes que estaban reunidos en un baile. Los enfermos dicen que, mientras bailaban, vieron aparecer de repente dos cabezas en uno de los extremos de la habitación, pegadas casi al techo. Ambas eran cabezas de hombres, una de ellas con un pequeño bigote. Los objetos flotaron hasta la pared de enfrente, y la

atravesaron. El pánico se inició inmediatamente. El doctor R. A. Connolly, jefe del departamento psiquiátrico, declara que el pánico fue producido por histerismo contagioso. El doctor Connolly se encuentra ahora en el hospital. Los enfermos están siendo rápidamente dominados. Se cree que huyeron unos pocos. Los jefes del hospital nos aseguran que el incidente ha terminado. Se está interrogando a los enfermos y a los enfermeros, para tratar de descubrir cómo se produjo la alucinación.

Tom y yo nos miramos alucinados. La "nueva cosa" había descargado otro golpe. Había ocurrido un segundo acontecimiento extraordinario, y dos seres humanos más habían sido arrebatados. Tom me dijo, en voz baja:

—Eran mis compañeros. Jerry llevaba un pequeño bigote. Eran Jerry y el viejo Williams. Sucedió a la misma hora de la noche, y ocurrió lo mismo que con Mary. Deben de haber estado en el mismo lugar del campo.

—Y las cabezas siguieron la misma dirección —comenté yo—; esta vez, atravesando el pabellón de psiquiatría del hospital, la otra, pasando por el campo limítrofe.

—Así que he asesinado a dos personas más —murmuró Tom.

—¿Por qué dices eso?

—Debería haberles avisado a los dos; haberles contado lo que le pasó a Mary.

—No te habrían creído.

—Tal vez no; pero ellos no debían haber pasado por ese sitio. Al menos, mi deber era procurar evitarlo. Pero ni siquiera pensé en ellos. En lo único que pensaba era en Mary. Y ahora ellos han desaparecido también.

Siguió así, acusándose de un modo morboso. Le dije.

—¡Pero Tom, si estuviste todo el día en el hospital!... Yo avisé al laboratorio; lo hice por ti y por mí; pero el doctor Chambers no quiso creerme. Y no le censuro por ello. ¡Ni nosotros mismos nos atrevimos a decirlo en el hospital! Habría sido inútil. Lo que ocurrió fue algo nuevo, y no podíamos suponer que se repitiera.. Vamos, no pienses más en eso. Tenemos que hablar con alguien, y no va a ser muy sencillo. Tú eres un fugitivo de un manicomio, y yo he cometido el crimen de ayudarte a escapar. Ni siquiera tienes ropas... Mira como vas: en pijama. Lo único que te queda en este mundo está en la sala de recepción del hospital, en manos de los enfermeros; y finalmente vendrán a buscarte aquí. Tenemos que irnos de esta casa, pero primero tengo que procurarte alguna ropa. Las mías te estarán anchas, muy anchas; pero no puedo darte otras. Ven arriba.

Le hice ponerse uno de mis trajes viejos, uno que yo llevaba cuando estaba más delgado, pero que aun así no le sentaba muy bien.

La conducta de Tom empezaba a preocuparme, porque tendía a hablar de un modo enfermizo y se movía como un sonámbulo. Cuando traté de animarlo (por ejemplo, bromeando acerca de cómo le sentaba el traje), ni siquiera pareció darse cuenta de lo que le decía.

Mi idea era irnos a cualquier sitio, en el coche, y trazar allí nuestros planes; pero

Librodot

cuando salíamos sonó el teléfono. Algo me impulsó a contestar, y me alegré de haberlo hecho. Era el doctor Chambers, jefe del laboratorio Wilson. Me preguntó:

—¿Se ha enterado de lo que ocurrió en el Pemberton?

—Sí, señor—le repliqué.

—El portero de la noche oía el boletín de la radio y se lo dijo a Merriam, el cual confirmó la noticia por teléfono. En efecto, hubo un pánico, causado por dos cabezas que flotaban y dos cuerpos distintos... ¡dos más! ¿Qué va a ocurrir? Claro está que no fue más que una alucinación colectiva; pero Merriam dice que dos de nuestros hombres que trabajaban en el campo han desaparecido... ¿Y por qué los enfermos habrán tenido la misma alucinación que usted? Voy a ir ahora mismo al laboratorio. Quiero que usted se reúna allí conmigo. Busque a Tom Sellers y llévelo también. ¿Dónde está ahora?

—Aquí, conmigo—repliqué, y brevemente le puse al corriente de su ingreso en el hospital y de nuestra huida.

—¿Ha vuelto su esposa?—me preguntó.

—No... y ya sabe usted por qué.

—¡Dios mío! Bueno, tráigalo. Salgan en cuanto puedan. No hablen con nadie. ¿Se lo han contado a alguien además de mí?

—Solo a mi padre. Pero le pedí que no hablara de ello con nadie.

—¡No se lo digan a nadie más! ¡No queremos que nos tomen por estúpidos! Claro está que tiene que haber una explicación razonable. Oiga: el portero dice que una de las cabezas tenía un pequeño bigote; y según Merriam, uno de los dos trabajadores tenía también un pequeño bigote. Pregúntele a Sellers si es así.

—Ya me lo ha dicho. Así es. Y yo también conozco al hombre. Es Jerry.

—¿Qué está ocurriendo realmente?... Bueno, ahora voy para allá. Salgan en seguida.

Colgó. Yo le expliqué a Tom mi conversación y me dirigí hacia la puerta. El me seguía con lentitud. En su cara había una mueca extraña.

—¿Qué pasa?—le pregunté.

—A lo mejor el doctor Chambers puede devolverme a Mary —dijo.

—¡Oh, basta ya, Tom! ¡Tu conducta no es normal!

—Tampoco fue normal lo que ocurrió —replicó él—. ¿Y si el hecho de verla nosotros no hubiera sido más que una alucinación?... Si no ha muerto, tal vez haya un modo de conseguir que vuelva. He leído cosas parecidas. Puede estar en otra dimensión.

Mi irritación se convirtió en lástima.

—Tom, Mary ha desaparecido. ¿Por qué sigues torturándote? Todo ha terminado. Mejor será que te habitúes a esa verdad.

Conseguí que subiera al coche. Se mantuvo en silencio, y comprendí que mis palabras no le habían hecho impresión.

Merriam salió a recibirnos en el laboratorio. Acabábamos de llegar al segundo piso cuando oímos el coche del doctor Chambers que llegaba. Un momento después,

Chambers se reunía con nosotros.

—¿No han encontrado a esos dos hombres? —le preguntó a Merriam.

—No.

El doctor Chambers agitó la cabeza y dijo: —Si alguna de las esposas de ellos llama por teléfono, invente cualquier excusa.

—Sí, señor.

El jefe de los laboratorios nos hizo entrar en su despacho y nos pidió que nos sentáramos. Desde su escritorio, se volvió hacia Tom y le pidió:

—Cuéntenos lo que ocurrió esa noche, Tom. Quiero que me lo cuente todo por su orden, tal y como ocurrió entonces.

Tom le contó la historia. Al llegar a ciertos detalles, los dos hombres lo interrogaron minuciosamente. Yo les conté lo que había ocurrido, desde mi punto de vista. Cuando finalmente nos sacaron hasta la última gota de información, permanecimos en silencio un momento. Por fin, el doctor Chambers expresó su opinión.

—No, no —dijo—; no puede ser. Es imposible. Las dimensiones extra no existen más que sobre el papel; no son más que abstracciones, utilizables en matemáticas. No ha ocurrido nunca; no ocurrirá nunca; no puede ocurrir.

—Yo tengo la sensación de que Mary está viva en alguna parte —dijo Tom.

—No, no está en otra dimensión..., digo, si a eso es a lo que usted se refiere. ¡Eso sería magia pura!

Tom, que no había perdido aún las esperanzas, sugirió:

—Ya sé que es algo que no ha ocurrido nunca hasta ahora... pero tampoco ha habido nunca una instalación eléctrica como la de este campo.

—¿Ha perdido usted el juicio? Ocurrieron dos cosas distintas: una a la cabeza, y otra al cuerpo. Aun suponiendo, por un momento, que usted los vio unidos al final, y que siguen existiendo en alguna parte, ¿concibe usted que no hayan sufrido daño alguno?... Perdóneme, Tom, por mi crudeza; pero está usted trastornado. Tiene que acostumbrarse a enfrentar los hechos.—Tomó una heliografía enrollada que tenía a su lado—. ¿Es esta la

Librodot

heliografía de la instalación del campo?

—Sí, señor—dijo Merriam.

Había comenzado ya a desenrollarla. La estudió un momento, y luego le pidió a Tom que le indicara los lugares exactos donde se encontraban todos la primera noche. Yo le señalé el lugar fatal donde se hallaba Mary, en el sendero que se dirigía a la salida del edificio principal: el mismo camino que habrían tomado los hombres desaparecidos. No hizo comentario alguno, pero, al cabo de un rato, cogió varios carretes blancos y preguntó:

—¿Son estas las cintas de control?

—Sí, señor.

Las desenrolló y las estudió un momento. Luego nos interrogó a Tom y a mí, minuciosamente, para calcular con toda la exactitud posible la hora del primer accidente. Nuestro cálculo más aproximado coincidió con las 9:20 de la noche.

—Esa es también la hora a que empezó el pánico—señaló Merriam.

El jefe del laboratorio apretó los labios. Durante unos momentos estudió las cintas registradoras. Por fin, levantó los ojos y dijo:

—Estas cintas contienen las gráficas de los cambios de valor en todas las corrientes y voltajes de los conductores de nuestro circuito exterior. Las dos noches se efectuaban pruebas; pero los valores diferenciales fueron extremadamente pequeños...—Vaciló—. Pero quizás eran críticos...—Volvió a vacilar—. Quizá...

Un momento después, como el que reconoce algo de mala gana, agregó:

—A las 9:20, las dos noches, los valores fueron idénticos.

¡Aquello era significativo! Reflexionamos un momento acerca de sus palabras, y luego él prosiguió:

—Seguramente no fue nada dimensional: eso es muy improbable. Pero no cabe duda de que ocurrió algo; algo de naturaleza fantástica. Ocurrió dos veces. Al parecer, ambos sucesos ocurrieron en idénticas condiciones de tiempo y lugar.

Se detuvo, y permaneció un momento pensativo. Yo me aventuré a decir:

—Nosotros nos preguntábamos si podría explicarse por medio de la teoría del Campo Completo.

—Herzog podría contestarle eso mejor que yo.

Tom y yo le hablamos de nuestra entrevista con Herzog, y él escuchó atentamente. Cuando hubimos terminado dijo:

—Está claro que Herzog no les creyó. No se enfrentó con el problema. Sus palabras acerca de la comprensión, aunque eran ciertas, no pasaban de ser una generalización. Pero ahora la situación es diferente. Ha habido una repetición en condiciones idénticas... —se quedó un momento pensativo—. Creo que voy a ir a ver a Herzog. Confieso que, en este

momento, parece realmente cosa de magia. Por lo menos, es algo que yo no puedo encargarme de resolver solo... Preveo que esta investigación será un problema terrible, que requerirá trabajar muchísimo. Tendremos que actuar con rapidez, porque Merriam dice que los dos hombres de esta noche estaban casados; y, de un momento a otro, sus esposas pueden llamar para saber qué ha sido de ellos... Merriam, haga el favor de ver si podemos comunicarnos con Herzog por teléfono.

Era imposible: su número no figuraba en la guía. Inmediatamente, el doctor Chambers nos pidió a Tom y a mí que fuéramos a buscarlo. Aguardamos mientras él escribía una nota, y volvimos luego a la ciudad. Tom iba animado por una esperanza irracional. Aquella vez, la puerta de Herzog estaba cerrada con llave, y tuvimos que armar mucho ruido hasta que alguien (creo que su ama de llaves) vino a abrirnos. No nos dejó entrar, pero llevó la nota a Herzog. El bajó y, a través de la puerta entornada, escuchó la historia de los nuevos acontecimientos. Parecía muy escéptico pero volvió a entrar en la casa y telefoneó al doctor Chambers. Luego nos siguió al laboratorio en un taxi, pues era evidente que no se atrevía a confiarse a nuestro coche. No era de extrañar. Tom, desde luego, tenía un aspecto muy poco tranquilizador, con su vendaje, sus toques de yodo y aquel traje que tan mal le sentaba.

Por el camino de vuelta, Tom casi no habló; pero yo, que lo conocía tan bien, comprendía que estaba vibrando de esperanza, ¡porque Herzog se había encargado por fin del caso! ¡Herzog iba en persona a enfrentarse con el problema! ¡Herzog descubriría dónde estaba Mary, y quizá la devolvería a la Tierra! ¡Oh, todo eso era patético!

Mientras estuvimos ausentes, el doctor Chambers empezó a reunir las tropas especializadas que necesitaba para el asalto a lo desconocido. Sin apartarse del teléfono, reunió a varios de los miembros más antiguos de su personal y a varios empleados de poca importancia. Luego, llamó por larga distancia a varios de los científicos más notables del este del país, alarmándolos con la impresión de las noticias que les dio, obligándoles a prometer que guardarían el secreto, y persuadiéndolos para que partieran en seguida hacia el laboratorio.

En cuanto llegamos, hizo pasar a Herzog a su oficina y se encerró con él. Tom y yo, vagando al azar, nos encontramos con algunos de los empleados del laboratorio, cada uno de ellos con su misión ya asignada. Uno de los ingenieros jóvenes estaba estacionado junto a la centralita telefónica, con orden estricta de no permitir ninguna llamada al exterior. Los obreros manuales habían sido encargados de guardar las puertas de entrada al campo, al edificio principal, a las escaleras y a los pisos de arriba. Reinaba gran actividad en el taller de maquinaria. La curiosidad era grande; pero nosotros fingimos la misma ignorancia que los demás.

Al poco rato llegó el primero de los científicos convocados (el doctor Mangin, famoso biofísico), e inmediatamente se le hizo pasar a la oficina del jefe. Detrás de él llegaron el profesor Downing, químico y premio Nobel, y el doctor Polakoff, físico nuclear. A intervalos irregulares fueron llegando los otros, que entraban en el laboratorio con los diversos equipos que habían traído. Poco antes del alba, nos llamaron a Tom y a mí por la centralita.

Había once hombres sentados en torno al escritorio del jefe, algunos de ellos famosos en el mundo entero, otros miembros de su personal, todos maestros en sus diversas

Librodot

especialidades. Sus edades eran muy distintas, pero sus aspectos igualmente graves. Al entrar nosotros nos miraron en sepulcral silencio. Merriam nos indicó unas sillas al lado del escritorio del jefe.

El doctor Chambers nos presentó, diciendo que nosotros habíamos sido testigos. Le preguntó amablemente a Tom si las constantes menciones a su tragedia no le resultarían demasiado dolorosas. Tom le contestó que no. Entonces nos indicó al grupo, diciendonos:

—Estos caballeros, cuyas caras ustedes no conocen, son científicos que han respondido a mi urgente llamada. Les he puesto al corriente de lo ocurrido. Entre todos ellos tienen los conocimientos especiales necesarios para investigar nuestro problema. El problema es nuevo, asombroso. Al parecer se trata de lo que los profanos llaman las dimensiones. Promete ser extremadamente difícil, y harán falta todos nuestros esfuerzos combinados para resolverlo. Podemos fracasar. Pero vamos a intentarlo de todos modos. Hemos discutido cierto número de aspectos de la situación y decidido los movimientos preliminares. Atacaremos al amanecer. "Atacar", es la palabra, porque el fenómeno, que se ha manifestado dos veces, es como un enemigo asesino. El ataque será llevado a cabo por los científicos que ustedes ven aquí, y otros más que no han llegado aún. Todos somos "generales". Será una batalla de generales. Excepto ustedes dos, solo nosotros, los generales, sabremos de lo que se trata, y aún ustedes estoy seguro de que no comprenden totalmente lo que vamos a hacer. Tiene suma importancia el que, excepto los que se encuentran en esta habitación nadie se entere o sospeche lo que intentamos hacer, pues de lo contrario esto se inundaría de periodistas que nos distraerían e interrumpirían en nuestro trabajo. Estamos en una posición muy vulnerable. Los hombres que hay fuera son curiosos. Sus mujeres pueden hablar. Las esposas de los dos hombres que desaparecieron anoche pueden telefonear de un momento a otro. No debe sospecharse nada, por lo menos hasta las 9:20 de esta noche... porque entonces tendrá lugar el experimento más importante. ¡No debe sospecharse nada! No hablen delante de otros hombres. Todas las conversaciones deben realizarse aquí, ¡y a puertas cerradas!... Ustedes dos se encuentran en una situación especial; por eso los emplearemos como hemos indicado. Tenemos trabajo para tenerlos ocupados todo el día. La situación y nuestras intenciones son las siguientes: el martes por la noche, a las 9:20 aproximadamente, presenciaron ustedes

el primer fenómeno. Los datos sensoriales fueron de varias clases: un crujido, una nube, la desaparición del cuerpo de una mujer, mientras su cabeza se alejaba flotando. Conocemos el lugar exacto donde ocurrió el suceso. Dos noches después, el jueves, también a las 9:20, parece haber habido una repetición del fenómeno. Esta vez, muchos testigos, que se encontraban a más de un kilómetro de distancia, vieron dos cabezas que flotaban, pero no vieron más. Y esto nos pone frente a la siguiente pregunta: ¿La mujer y los hombres desaparecieron en el mismo lugar? Por razones teóricas es de suponer que así fue; pero necesitamos datos. Por lo tanto, nuestro primer objetivo será averiguar el número y situación de todos los lugares activos del campo, si es que existe más de uno. Nuestro objetivo siguiente ha de ser comprobar a la luz del día el comportamiento de esos lugares activos. Tenemos que hacerlo con antelación suficiente para poder realizar el experimento decisivo de esta noche. Hay que examinar la superficie entera del campo. Pero... en ambos fenómenos figuraba también el espacio situado encima de la superficie. Además, a nivel de los cuellos de las tres víctimas, hubo una diferenciación del fenómeno: por debajo de aquellos tuvo que ocurrir una cosa, y por encima, otra. En consecuencia, debemos examinar también el espacio situado sobre la superficie. No se sabe hasta qué altura se extiende la

actividad; pero hoy, con el tiempo limitado de que disponemos, la probaremos hasta tres metros de altura. Así pues, hay que examinar la superficie entera del campo y el espacio que la cubre... Ustedes dos, que son jóvenes y vigorosos, van a ayudarnos en nuestra labor. He mandado construir un "detector". De algún modo había que bautizarlo—sonrió levemente—. Está listo ya, en el taller. Ustedes dos lo llevarán, si están dispuestos a ello. Se compone de dos partes interconectadas: cada uno de ustedes llevará una. El elemento más grande de cada parte es una pértiga; en ángulo recto con ella, hay un travesaño de tres metros. Del travesaño de una pértiga a la otra, a trechos regulares, van atadas unas cuerdas gruesas, que ocupan por lo tanto alturas similares en el travesaño de la pértiga que lleva cada uno de los dos hombres. Las pértigas se llevarán horizontalmente, con los travesaños abrazados verticalmente, por delante. Cada una de las dos partes tendrá una especie de arnés para los hombros, para que se pueda mantener en equilibrio. Las cuerdas tienen nueve metros de largo; permiten, pues, examinar una porción de campo de nueve metros de ancho y tres de alto. Como está cortado en secciones irregulares por las zanjas, ustedes irán examinando las secciones, una por una, yendo sistemáticamente de arriba abajo y manteniendo delante de ustedes las puntas de los travesaños y las cuerdas tirantes. Procederán lentamente, sin apartar los ojos de las cuerdas. Si le ocurre algo anormal a cualquier trozo de las cuerdas, eso indicará la presencia de un punto activo... pero ese Punto estará delante de ustedes y a cierta distancia. El trozo de pértiga que tienen detrás servirá como contrapeso de la carga. Pero ustedes irán acompañados. A su lado y detrás irán todos los hombres que se encuentran en esta habitación, excepto dos, y quizá algunos más de los que van a llegar. Unos vigilaremos las cuerdas; otros llevarán instrumentos sensibles a la radiación y a ciertos efectos del campo; otros examinarán la superficie de la tierra, buscando signos de cualquier condición anormal. Todas esas tareas han sido ya adjudicadas. Los más jóvenes los revelarán a intervalos con el "detector". El señor Hofkin estará encargado de las palancas. El señor Merriam quedará a cargo del edificio: nuestra base. Idealmente, deberíamos recorrer el campo dos veces: la primera vez, examinándolo sin que haya corriente en los conductores, Ia segunda, haciéndolo con las corrientes en los valores críticos que marcan las cintas medidoras. Pero no tenemos tiempo. Lo examinaremos solo una vez, con las corrientes críticas. Tal vez descubramos que hay actividad en muchos lugares. Lo más probable es que no la haya más que en uno... Bueno, estos son los primeros pasos. ¿Está claro lo que he dicho?—preguntó, mirándonos con una leve sonrisa.

Le dijimos que sí. Entonces se dirigió a Tom:

—¿No lo alterará demasiado el ayudarnos de esa manera?

—¡Oh, no, señor!—repuso ansiosamente Tom.

—¿Tienen miedo alguno de los dos?

Le aseguramos que no lo teníamos. Entonces, él miró por la ventana.

—Teníamos que aguardar a que fuera de día; pero ya hay la luz suficiente. Vayan a buscar el "detector" y aguárdennos en el campo. Bueno, señores, estamos listos. Vamos a comprobar nuestros instrumentos.

Todos se levantaron, en medio de un rumor de conversaciones. Inmediatamente, el doctor Chambers les previno a todos:

Librodot

—¡Cuidado con las palabras que pronuncien!

Tom y yo recibimos el "detector" y atravesamos la puerta guardada que daba al campo, sin que nadie nos detuviera. Más tarde nos enteramos de que, igual que a los científicos, se nos había dado paso libre por todas partes. Nos ajustamos los arneses y miramos al campo, a la luz del alba. El sol asomaba por el horizonte. El hermoso día de primavera se anunciaba fresco y agradable. Pero ante nosotros, entre las torres erguidas, acechaba lo desconocido. Mi corazón comenzó a latir rápidamente. La cara de Tom era el espejo de la esperanza.

Los científicos no tardaron en reunirse con nosotros, trayendo sus instrumentos. El doctor Chambers les dijo:

—El campo está ahora en actividad; todas las corrientes se encuentran en sus valores críticos. Primero examinaremos esta sección, y luego iremos recorriendo las demás secciones exteriores, dirigiéndonos hacia el centro.

Cuando terminó de hablar, me ajusté la banda en el hombro, me separé de Tom todo lo que permitían las cuerdas, y todos nosotros, trabajando en equipo, comenzamos a examinar el trozo de terreno que había desde allí a la zanja más cercana.

Avanzamos tal como nos había indicado el doctor Chambers. Era un trabajo duro. Las dos mitades del "detector" eran muy pesadas. Pronto empezamos a fatigarnos. Al cabo de un rato, descansamos un momento, y luego Tom y yo fuimos relevados durante un corto período por una pareja de científicos jóvenes. Algunos de ellos tuvieron asimismo que detenerse para descansar, porque sus instrumentos eran también grandes y pesados.

En las horas que siguieron examinamos todo el campo, excepto la sección central. Hablábamos poco: cada uno de nosotros dedicaba toda su atención a la tarea que le habían asignado, ya fuera examinar el campo, ya vigilar el instrumento que llevaba o las cuerdas. Dos nuevos observadores se unieron a nosotros. Dos veces, el propio señor Merriam vino a traernos bocadillos y café. No encontramos ninguna área de actividad, y no ocurrió nada extraño.

Con gran temor y extraordinarios cuidados, comenzamos por fin a examinar la sección triangular del centro. Esta vez, siguiendo las directrices del jefe, examinamos primero los bordes de las trincheras. No encontramos nada.

No nos hallábamos muy lejos del lugar fatal, e íbamos a avanzar un paso, cuando alguien exclamó:

—¡Alto! ¡Las cuerdas!

Todo el mundo se detuvo en seco y miró. Tom y yo sostuvimos las cuerdas del detector con la mayor tirantez posible; pero en el lado de Tom no se mantenían inmóviles. Se veía en ellas un ligero movimiento, como de onda o vibración. Obedeciendo órdenes del doctor Chambers, dimos un pequeño paso hacia adelante. El movimiento pareció aumentar. El doctor gritó:

—¿Notan algo en los instrumentos?

—No —fue la respuesta—. Nada. No se nota cambio alguno.

Librodot

—¿Ninguna carga? ¿Ninguna radiación? ¿Ningún magnetismo?

—No. No. Ninguno.

Como perros de muestra, señalamos el punto de alteración en las cuerdas.

—Un paso corto más hacia adelante—nos ordenó el jefe. Obedecimos, y el movimiento de las cuerdas aumentó claramente. Yo miré las cuerdas, fascinado.

—¿Alguna indicación?
Las respuestas se hicieron oír de nuevo:

—No. Ningún cambio. Nada.

El doctor Chambers dejó caer un cuadrado de tela blanca a los pies de Tom y ordenó:

—Retrocedan, para que examinemos las cuerdas.

Examinaron las cuerdas, y no encontraron ningún rastro de daño o alteración.

—Muy bien; muévanse hacia la izquierda—dijo el doctor Chambers—. Nos acercaremos desde el segmento del lado. ¡Con precaución!

No tenía que habernos prevenido. Retrocedimos, dimos unos pasos a la izquierda, y volvimos a dirigirnos hacia el lugar fatal. De nuevo se sintió en las cuerdas aquel movimiento antinatural; y de nuevo, el doctor Chambers dejó caer un trozo de tela blanca a los pies de Tom.

—¿No se registra nada en los instrumentos?—preguntó.

La respuesta siguió siendo negativa.

Nos ordenó retroceder para acercarnos desde otro Iado, por el segmento siguiente, y luego dejó caer otra señal. De ese modo, moviéndonos con gran cuidado, marcamos aproximadamente un círculo de doce metros de diámetro. En el centro de ese círculo se encontraba el lugar reconocido por todos como fatal.

Entonces, el jefe nos hizo retroceder y examinar la parte superior de todas las zanjas del campo; pero no encontramos nada. Así que, en todo el campo, no había muestras de actividad anormal, sino en un solo lugar. Volvimos a él. Nos quedamos mirando el círculo, intrigados, mientras los científicos hacían comentarios de naturaleza técnica, que en parte yo no lograba comprender. Parecían desorientados, más que nada por el hecho de que ninguno de sus instrumentos había reaccionado ante la extraña actividad.

El doctor Chambers rompió nuestra inacción.

—Ahora vamos a examinar la tierra esa—dijo, y me envió a donde estaba el señor Hofkin, a ordenarle que cortara todas las corrientes.

Fui rápidamente y le conté a Hofkin en breves palabras lo ocurrido. Cuando volví, me encontré a los científicos en círculo, al borde del área marcada, abandonados momentáneamente los instrumentos. Paso a paso, fueron avanzando hacia el centro,

Librodot

examinando con todo cuidado la tierra que había ante ellos conforme avanzaban. Varias veces, alguno se puso de rodillas para mirar más de cerca algo, mientras los demás se detenían en el lugar donde estaban. Gradualmente se acercaron al lugar fatal del centro. Yo me hallaba en la parte exterior del círculo; pero pude ver que el área central parecía distinta del resto del campo. Estaba completamente desnuda; los matorrales, que en los demás sitios crecían hasta la altura de la rodilla, faltaban allí; así que no se distinguía el caminito que atravesaba por el centro.

Los hombres avanzaban casi codo con codo cuando uno de ellos, y luego el que iba a su lado, se echaron al suelo, apoyándose en las manos y las rodillas, e inclinaron la cabeza para mirar algo que había en la tierra.

Los que estaban enfrente habían terminado ya de examinar el pequeño trozo que quedaba entre ellos, y se reunieron en torno a los que estaban arrodillados. Oí exclamaciones de excitación. Vi que uno de los arrodillados levantaba algo del suelo y se ponía en pie, sosteniendo en la palma de la mano lo que había encontrado, mientras los demás se reunían en torno suyo. Hubo una confusa mezcla de frases. Varias veces me pareció oír la palabra "carne". Al cabo de un momento, vi que el jefe miraba de nuevo la tierra de alrededor, y que a su vez levantaba algo de ella. Le dio vueltas entre los dedos... la excitación aumentó. Todos comenzaron entonces a buscar por el suelo, pero no encontraron nada más. Se reunieron de nuevo en torno a los hallazgos. Los examinaron, hablando excitadamente. Yo me moría de curiosidad, cuando el jefe se volvió y nos llamó a Tom y a mí. Nos señaló los tres objetos que había en la palma de la mano del otro hombre, y nos preguntó:

—¿Qué son estas cosas?

Las miramos con atención. Parecían de tejido animal. Eran unos fragmentos rosáceos y acanalados, de un centímetro de diámetro y de casi tres de largo. Había tres.

—¿Qué harían estos fragmentos aquí en el campo? —agregó, mientras yo seguía examinándolos.

—No tengo ni la menor idea—le repliqué—. Parecen partes de un animal: partes prominentes. Podrá verse de donde fueron arrancadas.

El me mostró lo que tenía en su mano. Era un tacón de goma, muy gastado, perteneciente a un zapato de hombre.

—Encontramos esto también—me dijo—. ¿Nadie lo ha visto alguna vez al pasar por aquí?

—No, señor—contestamos Tom y yo.

Le dio media vuelta en la mano. En el otro lado, en el lado por donde el tacón estaba sujeto al zapato, tenía adherido un cuarto trozo de tejido. Las palabras se negaron a subir a mi boca.

—Me pregunto si este tacón no habrá pertenecido a alguno de los dos hombres desaparecidos—dijo el jefe—. ¿Dónde trabajaban? Llenos de excitación, Tom y yo condujimos a todo el mundo a la zanja donde trabajaban la primera noche. Ayudado por

nosotros, el jefe bajó al fondo de la zanja y probó a ver si el tacón de goma coincidía con alguna de las muchas huellas de pisadas que había en la tierra del fondo. Luego, se irguió y levantó los ojos hacia nosotros.

—Coincide—dijo—. Pertenecía al zapato de uno de los hombres desaparecidos. No hay ninguna huella sin el tacón de goma; por lo tanto hay que suponer que fue arrancado cuando los hombres se encontraban en el área de actividad.

Lo ayudamos a salir de la zanja. ¡Qué excitación la de entonces! Aquellos científicos eran hombres reposados y serios, y hasta entonces habían hablado poquísimo, aunque no cabía duda de que estaban profundamente interesados; pero en aquel momento se pusieron a charlotear como niños.

—Tal vez sea significativo el que uno de los pedazos de carne esté adherido al tacón— se aventuró a decir uno.

—Esas protuberancias no pertenecen a ningún animal viviente —decía otro de ellos—. No soy especialista en eso, pero estoy seguro...—y lanzó un chorro de términos técnicos en apoyo de su opinión.

Examinaron de nuevo los fragmentos, con todo cuidado. Por fin se pusieron de acuerdo en que se trataba de tejido animal; que estaban bastante frescos, como si no hiciera mucho que habían sido desprendidos de un animal vivo; que habían sido arrancados violentamente; y que nunca habían oído hablar de un animal con prominencias exteriores como aquellas. La mayoría de ellos suponía que una de las protuberancias se había quedado adherida al tacón porque el talón le había caído encima. Pero el doctor Herzog les indicó tranquilamente la posibilidad de una transferencia espacio-temporal de la protuberancia, desde algún espacio o tiempo diferente al nuestro.

—Nuestra tarea siguiente será ver lo que ocurre en el campo cuando se lo someta a distintos parámetros con diferentes combinaciones de corrientes, horas del día, etcétera, etcétera. Vamos a examinar todo el volumen de espacio hasta una altura de tres metros. Es ya mediodía, y todavía nos quedan muchas cosas que hacer; así que hay que trabajar aprisa. La actividad parece ser un efecto combinado de tiempo, espacio, materia y gravedad, que probablemente no persistirá. No hay tiempo para realizar los debidos experimentos, ni siquiera para imaginarlos; por lo tanto, tendremos que emplear los medios con que actualmente contamos. Se ha decidido salpicar esta área con postes de madera y observar en ellos el efecto de la actividad. Esos postes tendrán una altura de tres metros y estarán unidos entre sí, horizontalmente, por medio de cuerdas. Cuando ustedes estén listos, voy a mostrarles como quiero que coloquen las cuerdas suficientes para un rectángulo de diez metros, y dentro de poco estarán aquí. También se ha pedido un aparato para taladrar los agujeros donde han de encajarse los postes. Cuando llegue, quiero que ustedes se encarguen de abrir los agujeros y de insertar los postes. Como es natural, todas las corrientes estarán cortadas, y se vigilarán de cerca las palancas. Los postes tendrán tres metros y medio de largo. Húndanlos medio metro en el suelo, asegúrenlos bien. Comiencen por el centro y colóquenlos en filas, separados entre sí por medio metro de distancia. Si no tienen los suficientes para llegar hasta los bordes, no importa: llenen bien el centro. El trabajo debe terminarse lo antes posible. Pidan ayuda a todos los hombres que no tengan asignada una tarea. Y por favor, no les digan una palabra de lo demás.

Las órdenes eran claras. Volvimos juntos al edificio principal, donde vimos que el

Librodot

taladro había llegado ya. Tom y yo comimos rápidamente algo, en las mesas preparadas para los científicos en uno de los laboratorios (los otros empleados comían aparte), y luego comenzamos a abrir los agujeros. Cuando llegaron los postes, llamé a todos los hombres que estaban libres, y colocamos cada poste en su lugar. Había casi los suficientes para llenar el área marcada. Al caer la tarde, los postes estaban ya unidos entre sí por las cuerdas: el trabajo había terminado. Desde el edificio principal, el campo parecía un gigantesco puercoespín.

Tom y yo habíamos estado toda la mañana pensando en Pinto. A Tom le dieron permiso para ir a casa y darle de comer y beber.

Comenzó sin demora la serie de experimentos que habían sido planeados aquella madrugada, antes del alba. Los científicos (excepto el doctor Herzog y otros dos físicos más) se situaron ante las ventanas del gran laboratorio del último piso, en la parte posterior del edificio que daba al campo, para realizar desde allí sus observaciones. Para tal fin se habían obtenido muchos prismáticos. El doctor Chambers se negó categóricamente a permitir que nadie realizara las observaciones desde el campo. Aclaró que, como se trataba de un fenómeno en cuya naturaleza figuraban factores de espacio y tiempo, no debía suponerse que las partes del campo inofensivas por la mañana iban a ser necesariamente inofensivas por la tarde.

Yo me quedé allí, apartado del resto. Hofkin se encontraba, como antes, en el tablero de las palancas del sótano, y se mantenían en continuo contacto con él por medio del teléfono.

La primera prueba era la más directa e importante. Paso a paso, Hofkin iba a llevar las corrientes de los conductores a los valores de los momentos críticos de las 9:20 de la noche, reproduciendo los parámetros eléctricos que habían producido o por lo menos acompañado las desapariciones.

Por teléfono, Hofkin le fue leyendo al doctor Chambers los pasos de los cambios de las corrientes. El jefe repetía en voz alta cada una de las cifras, con los codos apoyados en el alféizar de una ventana abierta, la mano izquierda en el receptor y sujetando con la derecha los prismáticos que mantenía ante los ojos. Yo también miraba el campo a través de unos prismáticos.

Por la actitud del jefe comprendí que se aproximaban los valores críticos; pero mis prismáticos no me descubrieron cambio alguno. Los postes permanecían erguidos e inmóviles.

Entonces, el jefe exclamó:

—¡Valores críticos!

Yo, imitando a los demás, miré atentamente al campo a través de los prismáticos, y observé una alteración. No hubo crujido ni nubecilla, pero sí un movimiento. Los extremos de los postes del centro comenzaron a vibrar rápidamente, con una amplitud quizá de medio metro. Desde el centro hacia fuera, las vibraciones cambiaban gradualmente de dirección y disminuían en amplitud, de modo que en los postes de los extremos no se notaba movimiento alguno.

Durante un momento nos quedamos mirando el misterioso movimiento. Luego se oyó una orden:

—¡Corte todas las corrientes!

Los postes se inmovilizaron.
—¡Aplique otra vez las corrientes!

La vibración comenzó de nuevo. Los observadores, silenciosos hasta entonces, comenzaron a lanzar exclamaciones. Que se referían en su mayor parte al cambio de las direcciones de la vibración desde el centro hacia la parte exterior.

—Corte todas las corrientes, Hofkin—ordenó otra vez el jefe—. Vamos a salir a echar un vistazo. —Los postes se detuvieron—. Muy bien. Quédese en su puesto; no queremos que nadie toque las palancas.

A pesar de lo cansados que ya estaban, los científicos salieron al campo para examinar los efectos de la actividad en los postes y las cuerdas. Yo pensé que era mejor quedarme atrás y mirarlo todo con los prismáticos. Los científicos regresaron al poco rato. El jefe se dirigió al teléfono.

—No había ninguna huella, Hofkin—dijo—. Ningún daño, ningún indicio de cambio. Debe de ser una función por paso. Ahora vamos a continuar las pruebas tal y cómo habíamos planeado. Usted tiene la lista de las combinaciones de parámetros que queremos probar. Voy a informar al doctor Herzog y a los otros físicos. Tenemos que discutir lo que hemos observado. Voy a entregarle el teléfono al profesor Downing. El tiene mi copia de la lista, e irá tomando nota de los efectos de los cambios, si es que hay alguno.

Habló con el profesor Downing, y se fue. ¡Cómo me habría gustado estar presente con él en la conferencia! El profesor Downing acababa de prepararse para la nueva serie de experimentos, cuando vi que Tom me llamaba desde la puerta. Salí. Tom me dijo que el mozo se había ocupado ya de Pinto, y que él había vuelto al laboratorio montado en el animal. Se alegró grandemente cuando me oyó contarle el experimento. Fue de puntillas a la parte posterior de la sala y se turnó conmigo en el uso de los prismáticos.

Las nuevas pruebas estaban ya iniciadas. El profesor Downing se refería constantemente a un papel que tenía ante sí: una lista de las combinaciones de corrientes que había que probar. El procedimiento podría explicarse del modo siguiente: supongamos que hubiera cinco líneas conductoras de corriente. Manteniendo constantes cuatro de las corrientes, la quinta variaría por pasos superiores a su valor crítico, y los resultados que se manifestaran en los postes, si los había, podrían verse por medio de los prismáticos. Ese procedimiento se repetiría con cada una de las otras cuatro conducciones. Después de haber hecho la serie de cinco pruebas, las variaciones se harían simultáneamente en dos conducciones, luego en tres, etcétera. Era un procedimiento investigador corriente, monótono quizá para quien no conocía esas cosas, pero insustituible para los científicos que conocen tales métodos de investigación.

Nos quedamos allí cerca de una hora, y en ninguna de aquellas pruebas volvieron a vibrar los postes. ¡Los valores que producían la actividad eran sin duda alguna críticos!

Librodot

Entonces comenzamos a oír en alguna parte del edificio un graznido irascible: un sonido familiar para Tom y para mí: patos. Unos cuantos minutos después, el doctor Chambers entraba en la habitación. Habló brevemente con los observadores, anotó con gran interés el resultado negativo de las pruebas, y luego nos llamó a Tom y a mí a un rincón. En voz baja, para no turbar los experimentos que se realizaban, le preguntó a Tom, con un gesto de meditación contemplativa:

—¿Ese caballo que hay afuera es el suyo?

—Sí, señor.

Chambers reflexionó un momento, y luego dijo:

—Han traído algunos patos. El señor Merriam los pidió esta mañana. Son la única clase de animales de que disponemos para poder emplearlos como conejos de Indias. Pensábamos usarlos en los experimentos, tanto en los de esta tarde como en los de esta noche: habíamos pensado colocarlos en un lugar activo unos más bajos, otros más altos, y luego conectar la corriente y observar lo que pasaba. Han llegado ahora, pero están armando un jaleo terrible. Toda la gente de abajo arde de curiosidad, y yo casi no me atrevo a emplearlos, porque pueden despertar en esa gente sospechas sobre la clase de experimento que estamos realizando. Se correría el rumor, y los periodistas invadirían el laboratorio. No se puede hacer de un modo secreto, a menos que usted nos diga de qué modo se puede impedir que graznen. De todos modos, apenas si hay tiempo. Nuestro primer experimento con carne viva, el más importante de todos, ha de ser esta noche. Podríamos usarlos esta noche; pero alguien acaba de sugerir que sería mejor emplear un solo animal: un caballo. Podríamos atarlo en el lugar. Su cabeza llegaría aproximadamente a la altura de la cabeza de un hombre. Si el fenómeno se repite, el cuerpo desaparecerá y la cabeza se alejará flotando, mostrando en el animal el plano que separa los dos tipos de efecto. Es una buena idea. Pero los caballos escasean, y no disponemos de mucho tiempo. ¿Sabe usted dónde podríamos conseguir rápidamente uno?... Cualquier caballo viejo con tal de que pueda mantenerse en pie. Deberíamos tenerlo aquí, más o menos, dentro de una hora.

Tom vaciló un instante y respondió:

—Puede usar mi caballo.

—¡No, Tom, yo no he venido para intentar quitarle su caballo! —exclamó instantáneamente el jefe—. No quiero su caballo: solamente quiero saber si puede decirnos dónde se podría conseguir otro, inmediatamente.

—No hay ningún sitio donde puedan conseguir uno pronto. Pero eso no tiene para mí ninguna importancia. Yo quiero que usen a Pinto.

El jefe hizo una pausa.

—Según tengo entendido, es una yegua que usted tiene desde que era muchacho, y le guarda mucho cariño.

—Sí, pero Pinto ya es vieja: su vida ha terminado. No quieren su sitio. Yo le ayudaré. Vamos a hacerlo ahora mismo. Lo mejor será que todos nos vayamos preparando para lo de

Librodot

esta noche.

Hizo detener las pruebas. Pidió voluntarios para ocuparse de las dos instalaciones de reflectores y de las cámaras estereográficas de control remoto. Los miembros más jóvenes del personal se encargarían del trabajo físico. Los de más edad instalarían todos los aparatos de que se disponían, colocándolos en torno al área de peligro. Mientras cada uno cumplía su tarea, él y yo ayudaríamos a Tom a atar la yegua en su lugar.

Tom se fue solo a buscar a Pinto.

Se quitaron los postes y las cuerdas. Pinto fue atada a uno de los postes por su ronzal, y a los otros con cuerdas atadas en torno a unas tiras de tela que se le pusieron en una de las patas traseras. Después se colocaron en su lugar las cuerdas y los postes. Con gran sorpresa mía, Tom no demostró estar emocionado: se limitó a realizar cuidadosamente su labor, sin decir nada; pero antes de que se volvieran a colocar las cuerdas, en un momento en que el jefe y yo nos encontrábamos a cierta distancia, lo vi junto a la cabeza de Pinto, acariciándole afectuosamente el morro. Se decidió que, para comodidad de Pinto, la cabeza quedaría por el momento sin atar; el jefe dijo que enviaría a alguien para que lo hiciera, un poco antes de que se dieran las corrientes. Cuando terminamos, Tom y yo acompañamos al jefe en su inspección de las instalaciones de luz, cámaras e instrumentos. Al caer la tarde, todo estaba terminado y revisado. Regresamos todos, cansados y lentamente, hacia el edificio principal, atravesando el campo.

En las mesas se había dispuesto una sencilla cena fría. A Tom y a mí se nos invitó a cenar con los científicos; pero, sintiéndonos fuera de lugar allí, nos llevamos unos bocadillos y unos cafés al laboratorio del último piso, y comimos junto a las ventanas que daban al campo. Mejor dicho, comí yo solo: Tom no hizo más que beber el café, porque las deprimentes palabras del doctor Chambers le habían quitado toda esperanza. La noche había llegado ya. La luna, no del todo llena, iluminaba con claridad el campo, mostrándonos las altas torrres, las ranuras negras de las zanjas, y la planicie oscura donde se habían colocado los postes. Ni siquiera con los prismáticos se podía distinguir a Pinto, amarrada a los postes del centro.

Estuvimos largo rato mirando, sin decir palabra, presos en la red de nuestros propios pensamientos, los de Tom lúgubres y amargos como es de imaginar. De repente, los dos reflectores instalados en el techo inundaron de luz la zona central. Tomando nuestros prismáticos, pudimos distinguir el contorno del cuerpo de Pinto. Con la misma rapidez, las luces desaparecieron, dejando el campo sumido en una oscuridad aún más profunda. Transcurrieron en silencio unos minutos; al cabo de ellos, Tom preguntó:

—¿Dónde está Herzog?

—Abajo, en uno de los laboratorios pequeños del otro piso —le contesté—; trabajando; es decir, pensando, llenando papeles de ecuaciones.

—Dime en qué laboratorio —me pidió—. Tengo que ir a verlo.

Yo me negué, diciéndole que sería imperdonable interrumpir el trabajo de Herzog en un momento así.

Librodot

—Se trata de un asunto que, en estos instantes, es de suma importancia para mí —replicó con amargura, y me amenazó con preguntárselo a otra persona.

Terminé por conducirlo al laboratorio.

Tom llamó a la puerta. Al cabo de un momento, la voz de Herzog nos contestó diciéndonos que pasáramos.

Entramos en una habitación pequeña y claramente iluminada. El doctor Herzog estaba sentado en un taburete, ante una mesa... Tenía ante sí una hoja con varias hileras de garabatos, a su izquierda una caja de hojas de papel, y en el suelo, a su derecha, un cesto de papeles lleno de hojas arrugadas. Se volvió al vernos entrar, y una ligera sonrisa apareció en su barbuda cara.

—¡Mis amigos de medianoche! —exclamó amablemente—. No he tenido oportunidad de decirle cuánto he sentido que lo de su esposa fuera cierto—le dijo a Tom—. No le creí. Pensé que usted y su amigo eran víctimas de una alucinación. Era una probabilidad 0,8, ¿no? Todavía me resisto a creer en ella. Está usted trastornando toda la física moderna, muchacho. El doctor Chambers acaba de decirme que ha ofrecido usted su caballo. Es un hermoso gesto. Tenemos que tratar de encontrar una solución. Tenemos que descubrir los secretos. Disponemos de muy poco tiempo. Nos han pillado de sorpresa: no habíamos preparado los experimentos debidos, hasta carecemos de equipo viviente. El caballo es ideal: cuello largo, y cabeza a la altura de la de un hombre. Dentro de poco veremos qué pasa.—Dejó de hablar, y se quedó mirándonos expectante.

Yo intervine entonces:

—No debíamos haberlo interrumpido. Le ruego nos disculpe. Pero Tom insistió, y yo no pude impedírselo.

Herzog miró interrogativamente a Tom, y este dijo:

—Yo... yo deseaba saber... esperaba que tal vez usted podría explicarnos ahora lo que le ocurrió a mi mujer.

El doctor Herzog suspiró.

—¿Ha olvidado usted mi pequeña conferencia?

—Pero entonces usted no nos creía; y desde entonces han ocurrido muchas cosas.

—Ya le dije que comprendo muy pocas. Yo trabajo; ¡pero tenemos tan pocos datos! Necesitamos muchos más... ¡Datos! ¡Necesitamos datos!

—Bueno, discúlpeme, señor... Yo pensé... Usted ha estado aquí toda la tarde, y creí que podría tener ya alguna idea...

—Sí... es posible que comience a vislumbrar la claridad por una rendija. ¡Si pudiera encontrar la cuña apropiada...! Pero no sé por qué he de decírselo. En mi libro, usted verá que presento en la página diecisiete una constante con el valor de 59,18. Esta mañana, cuando vi el plano de la disposición del campo, noté que la sección central, limitada por las tres zanjas y sus conductores, formaba lo que parecía un perfecto triángulo equilátero: 60

grados en cada ángulo. Ahora bien, 60 grados están muy cerca del 59,18. Claro está que el plano no era más que un dibujo; que el ángulo real del campo es algo distinto; pero es interesante. ¿Y si el ángulo del campo es 59,18? ¿O si la constante debiera ser el ángulo del campo?... No ha habido tiempo para medir el ángulo con toda exactitud; pero mañana se hará. Mientras tanto, lo estoy estudiando aquí, por medio de símbolos.

—¿Y no ha descubierto aún nada?—preguntó Tom.

—No; pero presiento algo. ¿Sabe usted lo que es presentir? Es como una vaga sensación de que me encuentro cercano al éxito: una sensación tentadora, quizá engañosa, pero no del todo desagradable: es muy común en ciertas etapas del procedimiento creativo.

—¿Y cree que pronto lo descubrirá?

—Uno espera siempre. Pero también sentí lo mismo acerca de la sección clave de la teoría del campo completo, ¡y luego tardé ocho años en resolverla!

—Entonces, ¿no confía en comprender pronto lo que ha ocurrido?

—Yo tengo un lema: "Siempre esperar; nunca confiar". Yo tengo esperanzas. ¡Pero hay tan pocos datos...! No contamos con casi nada. En cuanto a comprenderlo... dentro de diez o de cien años, después de miles o millones de experimentos, los hombres llegarán tal vez a controlar el fenómeno; pero eso no significa que lo comprenderán. Mejor será no hacerse ilusiones.

Pude ver que, cada vez que hablaba el doctor Herzog, sus palabras le hacían a Tom el efecto de un rudo golpe.

—No debo mostrarme impaciente con usted, muchacho; porque está desesperado y... ¿por qué no ha de estarlo? ¿Por que no ha de admirarse ante lo ocurrido? Pero debe comprender que no somos magos. Según todas las probabilidades, nuestra posibilidad de obtener datos disminuye rápidamente..., ¿y cuándo volverá a ocurrir el fenómeno? Consideremos. Los dos sucesos ocurrieron las noches 1 y 3. Esperamos que se repetirá el fenómeno esta noche, la noche 4; pero eso no pasa de ser una esperanza. Desde la noche 1, las condiciones en nuestra parte del cosmos han cambiado grandemente: la Luna se encuentra en una posición distinta con respecto al Sol; la Tierra se ha movido 18,5 veces, 60 veces, 24 veces cinco kilómetros a través del espacio, y nuestro sistema solar se ha movido en mayor escala inclusive. Materia, gravedad, espacio, tiempo: todos estos valores están entrelazados... Entrelazados no es la palabra adecuada. No hay palabras para describir sus mutuas relaciones. En realidad forman algo como un todo con diversas manifestaciones interoperantes. Dicho con mayor exactitud: si se cambia una manifestación, varían todas las demás. Estornude y sacudirá al cosmos: nada volverá a ser ya lo mismo que antes. Formamos parte de un campo que lo contiene todo o que es todo. La actividad fatal de nuestro pequeño campo, y las fuerzas fatales del campo cósmico, cambian también. Y nuestra comprensión del campo cósmico es algo comparable a la comprensión que un microbio tiene de una concreción litiásica: prácticamente nula. Esta noche espero obtener más datos, lo mismo que lo esperaré otras muchas noches. Es decir, no confío. Tal vez al hombre le harán falta generaciones enteras para dominar las fuerzas que se pueden observar en el centro de ese campo, y tal vez el hombre tendrá que evolucionar a lo largo de millones de años, antes de poder comprenderlas.

Librodot

Tom, realmente desalentado, murmuró:

—Entonces... todavía no tiene usted idea de dónde se encuentra mi esposa... quiero decir, no sabe lo que le ocurrió.

El doctor Herzog repuso:

—Fue un fenómeno nuevo, y no poseemos los datos suficientes... Voy a decirle una cosa, muchacho. ¿Sabe usted que se han hallado unos restos de tejido animal?

—Sí, señor.

—Bien; pues esta tarde los han examinado varios expertos: un zoólogo, un biólogo y dos paleontólogos. Todos ellos dicen que se trata de tejido animal, casi fresco, arrancado recientemente. Dicen que no proviene de ningún animal de los que viven en la tierra. ¿Se da usted cuenta de lo que significa eso?

—El futuro —murmuró Tom—. O tal vez, mundos paralelos.

—¡Nuestra ignorancia! —exclamó Herzog, y luego permaneció unos momentos pensativo—. Ya le he dicho cuál es mi lema; pero siempre hay una excepción. No tenga usted esperanzas de que va a saber algo de su esposa. No las tenga. No es sensato. ¡Es una locura! Enfréntese con la realidad. Su esposa ha desaparecido. Nunca más volverá usted a verla. Ella ha muerto, aunque no se pueda ver su cuerpo. No ha salido de nuestro universo. Nada puede escapar al todo. Ella sigue formando parte de él, de un modo nuevo. Es parte del campo: de ese campo del que usted y yo formamos parte en este momento; del que todo y todos formamos parte... Ahora, márchese y déjeme trabajar. Le aseguro... Ya sé que parece un imposible, pero le aseguro que, con el tiempo, usted se irá sobreponiendo gradualmente a esto. Todas las cosas cambian con el tiempo. El tiempo es un factor del campo. En el campo, usted sigue aún relacionado con su esposa; en él y por medio de él, tendrá algún día una nueva situación con respecto a ella. Aguante. Aguante por algún tiempo. Esto pasará. Se lo prometo.

Lo dejamos entregado a su trabajo y volvimos al laboratorio del último piso. Tom estaba completamente deshecho. Yo sabía que, en su fuero interno, había estado esperando que ocurriera un milagro; pero ahora me daba cuenta de hasta qué punto lo había esperado. Se asomó a la ventana. Bajo la luz de la luna, pero invisible entre las sombras de aquel trozo oscuro del centro aguardaba paciente la vieja Pinto. En aquel mismo lugar era dónde su esposa había desaparecido.

—Hace tres días, a esta hora, Mary vivía aún—murmuró Tom al cabo de un rato—. Hace dos días, a esta hora, nuestro gatito vivía. Ayer, a esta hora, Jerry y el viejo Williams vivían. Yo los maté a todos.

—¡No mataste a ninguno de ellos!—protesté vivamente.

—Y dentro de unos minutos voy a matar a Pinto—prosiguió sin hacerme caso—. Si no me hubiera enojado con Mary, ella se habría quedado conmigo un poco más; yo la habría acompañado, y tal vez no habría ocurrido nada o, en caso de haber ocurrido, por lo menos nos habría ocurrido a los dos. Maté a los otros dos al no prevenirles. Maté al gatito porque... ¡Oh, Jack, eso fue lo peor de todo!

Sorprendido ante aquella exclamación, le pregunté:

—¿Qué fue lo del gatito?

—¡Yo lo asesiné!

—No es asesinato matar a un gatito—le dije—. Quizá lo mataste, pero...

—Lo maté. Maté a todos. Todo lo que toco tiene que morir: Mary, mis dos compañeros, el gatito, y ahora Pinto... Pero soy consecuente. Voy a llegar hasta el fin.

—Cuéntame lo del gatito —dije, porque comprendí que la herida era profunda y había que obligarle a hablar.

—¡El gatito, una bolita de algodón, que casi no pesaba lo que un pañuelo!— exclamó, poseído de repentina emoción—. Me gustan los gatitos. ¡A quién puede no gustarle un gatito! Mary lo encontró no sé dónde, tan chiquitín y delgado que casi no se sentía en la mano. Bueno, la noche que volvimos de casa de Herzog, entré en la mía y miré por todas partes. Estaba lleno de amargura y odio. Me quedé mirando el delantal de Mary, caído sobre una silla, donde ella lo había dejado antes de venir a verme montada en Pinto. Lo miré, a punto de estallar. Entonces, el gatito... el gatito vino y se frotó contra mis zapatos... y no hacía más que frotarse... y... y yo lo levanté y lo ahogué con mis manos. ¡A ese inocente montoncito de algodón!... Me quedé mirándolo, caliente y fláccido en mi mano. El pobrecillo no pesaba más que un pañuelo, y yo lo maté. Confiaba en mí; tenía hambre, estaba jugando con los cordones de mis zapatos; y yo lo maté con mis manos. Entonces fue cuando me enloquecí. Fui por toda la casa, destrozando lo que se me ponía por delante. Me odiaba a mí mismo. ¡Primero Mary, y luego el gatito, tan pequeño y cariñoso!

—Bueno, no debías haberlo hecho —le dije—. Siempre hay que ser bondadoso con los animales. Todo el mundo debería ser perfecto. Cambié de tono—. Pero mira, Tom: no era más que un gatito. Casi no había comenzado a vivir. Probablemente no sufrió más que si le hubieras pisado la cola. Ni siquiera se enteró de lo que le ocurría. Simplemente carece de importancia. No pienses más en ello.

Lenta, seriamente, Tom me dijo:

—Si pudiera cambiarme por el gatito, me cambiaría. Y si pudiera cambiarme por Jerry y Williams, lo haría también. Y si creyera que iban a permitírmelo, cambiaría ahora mi lugar por el de Pinto...

Sin duda, yo estaba ciego.

Tom calló. Nos quedamos sentados, mirando el campo iluminado por la luna. Vimos a un hombre que salió del edificio, entró en el centro del campo, y luego regresó. Era alguien que habían enviado para atar la cabeza de Pinto en posición más alta. Al cabo de largo rato, llegó de abajo el ruido de muchas voces, seguido por el de pisadas en las escaleras. Alguien encendió entonces las luces de la habitación, y el grupo de los científicos entró en ella.

—¡Ah!, aquí están—dijo el doctor Chambers—. Les estábamos buscando. Ha llegado el momento de darles las últimas instrucciones.

Se sentó en un alto taburete, y Herzog en otro, cerca de él, mientras los demás se

agrupaban alrededor.

Chambers explicó lo que cada uno tenía que hacer. Hofkin se encargaría de las palancas. Tres hombres quedarían en aquella habitación, para observar con los prismáticos lo que pudiera ocurrir. Todos los demás se estacionarían, a determinados intervalos de distancia, junto a la alambrada del campo, por la parte exterior. Si la figura del caballo se alejaba flotando, los que estuvieran más cerca de él procurarían seguirlo. Uno de los lugares parecía más importante que los demás, porque había más probabilidades de que la cabeza se alejara en esa dirección, como había ocurrido en casos anteriores; aquel lugar fue asignado al doctor Herzog. Yo lo acompañaría, porque conocía la región. Por la misma razón, Tom iba a acompañar al doctor Chambers... si ello no le hacía sufrir demasiado.

—Tal vez es mucho lo que le pido, Tom—dijo amablemente el jefe—. No venga conmigo si prefiere no hacerlo.

Todas las miradas se fijaron en Tom. Al cabo de un momento, él balbuceó:

—No quiero ir.

—Lo comprendemos—dijo el jefe—. Creo que, en su lugar, yo tampoco querría ir.—Se volvió a los demás—. Esto me hace recordar una cosa: del hospital nos han avisado que todas las luces de las habitaciones estarán apagadas. No habrá pánico alguno.—Consultó su reloj—. Son las nueve menos dos minutos. Hay tiempo de sobra para ir a los lugares designados, pero no para entretenerse en trivialidades. Tomen unos prismáticos, vayan a los lugares destinados a cada cual, y aguarden. A las 9 horas, 19 minutos y 30 segundos, medio minuto antes de la hora cero, los reflectores se encenderán un segundo. Eso será la señal de aviso. A las 9 horas, 19 minutos y 55 segundos, los reflectores se encenderán definitivamente. Cinco segundos después, a las 9 y 20, se transmitirán las corrientes. Se introducirán en sus valores críticos. Preparen los prismáticos por anticipado. Diríjanlos a la cabeza y, si pueden, síganla después de que salga del campo. Es una lástima que no podamos seguirla con instrumentos... pero al menos veremos adónde va a parar... Muy bien, ¿hay alguna pregunta?... Pues vamos ya.

Me uní al doctor Herzog, y nos dispusimos a salir. Cuando pasábamos junto a Tom, el físico sonrió y le dijo:

—Procuraremos descubrir el secreto.

Tom lo miró con expresión extraña, y luego me miró a mí del mismo modo, sin apartar los ojos de nosotros hasta que llegamos a la puerta. Aquella fue nuestra despedida. Nunca más volví a ver a Tom con vida.

Les fui mostrando el camino al doctor Herzog y a media docena más de científicos. Conforme avanzábamos a lo largo de la alambrada, uno a uno se iban quedando en sus puestos, hasta que por fin nos quedamos solos el doctor y yo. Al lugar que nos habían destinado llegarnos con nueve minutos de anticipación, y graduamos cuidadosamente nuestros prismáticos, dirigiéndolos al grupo oscuro de los postes. Pero, por más que miré, no pude distinguir a Pinto.

Mientras aguardábamos, le señalé al doctor Herzog las posiciones que cada uno ocupaba en el campo en el momento en que lo desconocido había arrebatado a Mary. Allí,

cerca de nosotros, iluminada por los mismos rayos de luna, se veía la trinchera donde los dos hombres habían estado trabajando; aquel otro era el lugar donde había estado yo; allí estaba Tom, y Mary había pasado por allá, en su camino hacia el lugar del misterio. Por allí era por donde yo había caído a tierra, aturdido. La cabeza vino directamente hacia nosotros y atravesó la alambrada por aquel sitio. El hospital y Big Pond se encontraban más allá, en aquella dirección...

El doctor Herzog me escuchó con atención, pero no habló casi nada. Esperarnos durante un tiempo que nos pareció larguísimo. Luego, por fin, los reflectores dieron la señal. Durante un segundo, el centro del campo quedó bañado en luz. El trozo oscuro que había en su centro se convirtió en un rodal erizado de postes. Mientras levantábamos los prismáticos, volvió a oscurecerse todo.

Aguardamos, con los prismáticos preparados. Los segundos que transcurrían nos parecían minutos. De repente, como antes, los reflectores se encendieron de nuevo. Contuve el aliento.

Entre los postes se oyó como un leve crujido o rasguido, acompañado de una nubecilla blanca: igual que la vez primera. A través de mis gemelos, vi como la nube se iba aclarando y desaparecía. Un objeto grande e irregular apareció entre los postes: era la cabeza de Pinto, y el vago y vaporoso contorno de su cuerpo. Por arriba se fue volviendo un poco más marcado, y un poco más oscuro por abajo. Pareció que crecía.

—Se dirige hacia nuestro lado—exclamé.

Con los prismáticos en alto, lo miramos. La cabeza fue creciendo. Al parecer permanecía en el mismo lugar, pero seguía agrandándose. Aquello no podía significar más que una cosa. Le dije a Herzog:

—Viene en nuestra dirección.

El doctor Herzog no hizo comentario alguno; pero yo lo sentí tenso junto a mí. Aguardamos. De repente, exclamé:

—¡Oh, no! ¡Oh. no, no!

Había visto algo más, y repentinamente lo comprendí todo. Había otro objeto detrás del primero, un objeto más pequeño, cubierto hasta entonces por el caballo, pero visible ahora en parte. El primer objeto era Pinto. Yo todavía no podía distinguir con claridad el segundo, ¡pero sabía quién era! Un dolor agudo me atravesó el pecho. Creí que el corazón se me paralizaba. Exclamé:

—¡Es Tom también!

El doctor Herzog respiró con fuerza pero no dijo nada. Nos quedamos mirando el objeto. Yo grite:

—¡Ahí tiene la venda!

Me pareció que todo lo que me rodeaba desaparecía, excepto los espantosos objetos que ahora se dirigían hacia nosotros. En medio de emociones indescriptibles, vi que se movían alejándose del centro iluminado. La cabeza de Pinto se aproximaba, cada vez más

Librodot

grande, y un poco más allá y ligeramente ladeada, se veía en parte una cabeza más pequeña, una cabeza con la frente vendada que flotaba a una distancia constante de la de Pinto, siempre con el mismo movimiento. Junto con ella, se veían restos de cuerdas y trozos de postes.

Dejé caer los prismáticos. A unos dos metros y medio de altura, las dos cabezas se fueron acercando a nosotros, lenta y horizontalmente, un poco hacia nuestra izquierda. Eran opacas. Se encontraban ya a unos diez metros de distancia. La luna las iluminaba con toda claridad. La figura de Pinto estaba vuelta hacia otro lado, desviada ligeramente de la posición vertical que habría tenido en vida Tom se encontraba casi cabeza abajo, más bien hacia la derecha, y tenía los ojos cerrados. Flotaron cada vez más cerca, y pasaron uno tras otro, a través de la alambrada. Oí que el doctor Herzog sofocaba una exclamación.

Pasaron a unos cuatro metros de distancia de nosotros y atravesaron directamente el estrecho caminillo, dirigiéndose hacia la alambrada del otro campo. Yo comencé a seguirlos. El doctor Herzog me imitó. Pasé trabajosamente a través de la alambrada, y mantuve separados los alambres para ayudarlo a pasar a él, pero el doctor fue con paso vacilante hasta un poste, se agarró a él con fuerza y me indicó que siguiera yo adelante. Vi que jadeaba, físicamente indispuesto. Su corazón no podía resistir aquellas emociones.

—¡Siga! —exclamó—. ¡Siga adelante!

Lo dejé y me dediqué a seguir a los dos objetos, acercándome a ellos por el extremo opuesto del campo. Pasaron entre los árboles. Durante un segundo, me volví y vi a Herzog agarrado aún al poste. Había junto a él otros dos hombres. Luego seguí tras las figuras de Tom y de Pinto.

Pasaron por entre los árboles y a través de ellos. Siguieron directamente hacia adelante, hasta llegar al otro extremo; en suave y contenido avance, girando lenta e independientemente; Pinto delante, Tom a poca distancia detrás. Se mantenían a unos dos metros y medio del suelo, a veces un poco más, a veces un poco menos.

Cuando llegaban a una depresión del terreno, parecían reaccionar ante ella y descendían un poco.

Entre los dos iban algunos fragmentos de cuerdas y postes. Los dos, a quienes tanto yo había conocido, seguían adelante: Pinto con su ronzal, Tom con el vendaje en la frente y el inevitable mechón de cabellos rojizos sobre la venda. Pinto tenía ahora los ojos cerrados, y su boca se movía un poco. Los ojos de Tom estaban entreabiertos, pero no se veía expresión alguna en su cara manchada de yodo.

Siguieron adelante por el mismo camino que Mary: el camino que conducía a las afueras de la ciudad: el que atravesaba la granja: el que un millón de veces se había cubierto con las huellas de las pisadas de los dos... y también con las de Mary y las mías.

Los seguí a paso vivo, un poco detrás que ellos. Podría haberlos tocado; pensé en ello, pero no me atreví. Me imaginé mi mano atravesándolos, y la cara de Tom vuelta hacia las estrellas, con los ojos abiertos, sin demostrar por su expresión que él se daba cuenta de lo que yo hacía, pero tal vez sintiéndolo...

Llegamos a un estanque. Ellos siguieron directamente hacia adelante, y lo atravesaron

Librodot

descendiendo un poco sobre su superficie. Yo lo bordeé corriendo, y me reuní con ellos al otro extremo. Pasamos por una granja, tranquila y solitaria a la luz de la luna, con una sola ventana encendida. Pasamos los cobertizos... y seguimos adelante, camino de un destino desconocido.

El hospital apareció ante mi vista. Pasamos frente a él, por el extremo meridional de su jardín. ¿Seguirían los enfermos mentales temblando ante lo irreal de la realidad que habían presenciado el otro día?

Dejamos atrás el hospital.

Yo estaba ya cansado y sin aliento. Tropezaba con frecuencia. Me enganché en unos alambres de púas. Empecé a sangrar. A veces hablaba, otras decía:

¡Tom! ¡Si pudieras hablar! ¿Puedes verme? ¿Sabes que te estoy siguiendo? ¿Tu mente sigue unida a tu cuerpo?... ¿O se encuentra en otro lugar que yo ni siquiera puedo imaginarme? ¿Lo comprendes todo ahora? ¿No puedes indicármelo?... ¡Ah, pero tus ojos se mueven!...

¡Tom, no deberias haber vuelto a donde estaba Pinto! ¡El dolor se te habría pasado! Pero las zanjas estaban allí, y era tan sencillo... Tom, ¿te das cuenta de que vas con Pinto? Tu vieja Pinto... tu yegua, tu compañera, la inseparable durante años enteros, casi parte de tu propio organismo; la yegua con la que en otros tiempos galopabas por el campo, y con la que ahora, unidos de nuevo, flotas sobre ese mismo campo..., compañeros una vez más en el último e incomprensible viaje.

¡Di algo, Tom! ¡Hablame, dime lo que te está ocurriendo! ¡He visto que tus labios se movían! ¿Adónde vas? ¿Qué sientes? ¿No sabes que yo estoy aquí? Soy yo, Jack... tu viejo amigo... Pero tu cara está vuelta hacia la luna; tus ojos están ahora cerrados y flotas hacia un destino desconocido.

¿Ves?, ¡esa es la granja de tu padre! Mira, ¡allí es donde encontrábamos los huesos de indios! ¿No te acuerdas de eso? Ahí está la casa. Nadie vive ahora en ella, Tom. Los chicos han roto las ventanas; los más osados se han atrevido a desafiar a los fantasmas y han entrado en ella, destrozando con sus juegos brutales lo que han encontrado a su paso; pero es tu casa, y tú naciste ahí, te criaste ahí; no hay un centímetro que no conocieras cuando ibas de un lado a otro con tus urgentes tareas infantiles. ¿No puedes recordarlo desde donde se encuentra tu mente?

En la cara de Tom no se notó signo alguno de que se diera cuenta de mi presencia. Pero sus ojos se abrieron a medias. Siguió flotando en otro tiempo y en otro espacio. Seguía con Pinto.

Flotaban igualmente, en su recto camino, siempre girando un poco, y así pasaron los cobertizos de la granja y el prado, y se aproximaron al estanque.

Tom, ¡aquí es donde quisimos provocar una lucha de ranas! No tuvimos suerte alguna. No quisieron pelear. Y hace tiempo que pasaron de la vida al arcano de la muerte. Tú también te has transformado en algo distinto, y flotas misteriosamente sobre esta migaja del universo, que en pasados tiempos fue toda tuya y que abandonas tan serenamente. ¡Aquí está el estanque! ¡En otras épocas, los patos blanqueaban sus aguas! ¿Te acuerdas, Tom?

Con las cabezas bajas, Tom y Pinto cruzaron el estanque; y, como antes, yo corrí junto a la orilla y me reuní con ellos en el otro extremo. Siguieron flotando hacia adelante. Penetraron en el pequeño claro...

¿Recuerdas este lugar, 'Tom? ¿Recuerdas las horas que jugamos aquí, y las veces que vinimos a descansar y llorar, y el día en que viniste a verme con Pinto para pedirme que diera un paseo en él? Yo tenía miedo. ¡Pero tú me hacías tan gran favor!... Tenía que aceptar, porque era el único medio de darte a entender que habíamos vuelto a hacer las paces. Por eso monté a Pinto... en Pinto, ¿lo recuerdas?

Seguían flotando eternamente hacia delante, Pinto con su ronzal Tom con sus cardenales y lastimaduras, sus manchas de yodo y su frente vendada, con el rebelde mechón rojizo sobre la venda. Me pareció que sus cabezas se iban volviendo más transparentes, de una sustancia más tenue. Había momentos en que podía ver a través de ellas.

Prosiguieron su camino directo, girando lentamente, flotando con serenidad bajo los rayos de la luna. Llegaron al lago. Yo estaba agotado.

Me quedé junto al borde y los miré. Gradualmente fueron descendiendo hasta quedar a ras de la superficie. Eran como fantasmas, y a mí me parecía ver sus cuerpos enteros. Los vi rozar el agua: luego, bajar constantemente, hasta desaparecer en ella. Me quedé mirando el lago, largo tiempo, pero no volví a verlos más...

¿Has encontrado a Mary, Tom? ¿Comprendes ahora lo que le ocurrió? ¿Puede ser feliz contigo? ¿Se sorprendió al verte llegar con Pinto? ¿Permaneceréis juntos mucho tiempo?

No hubo respuesta.